

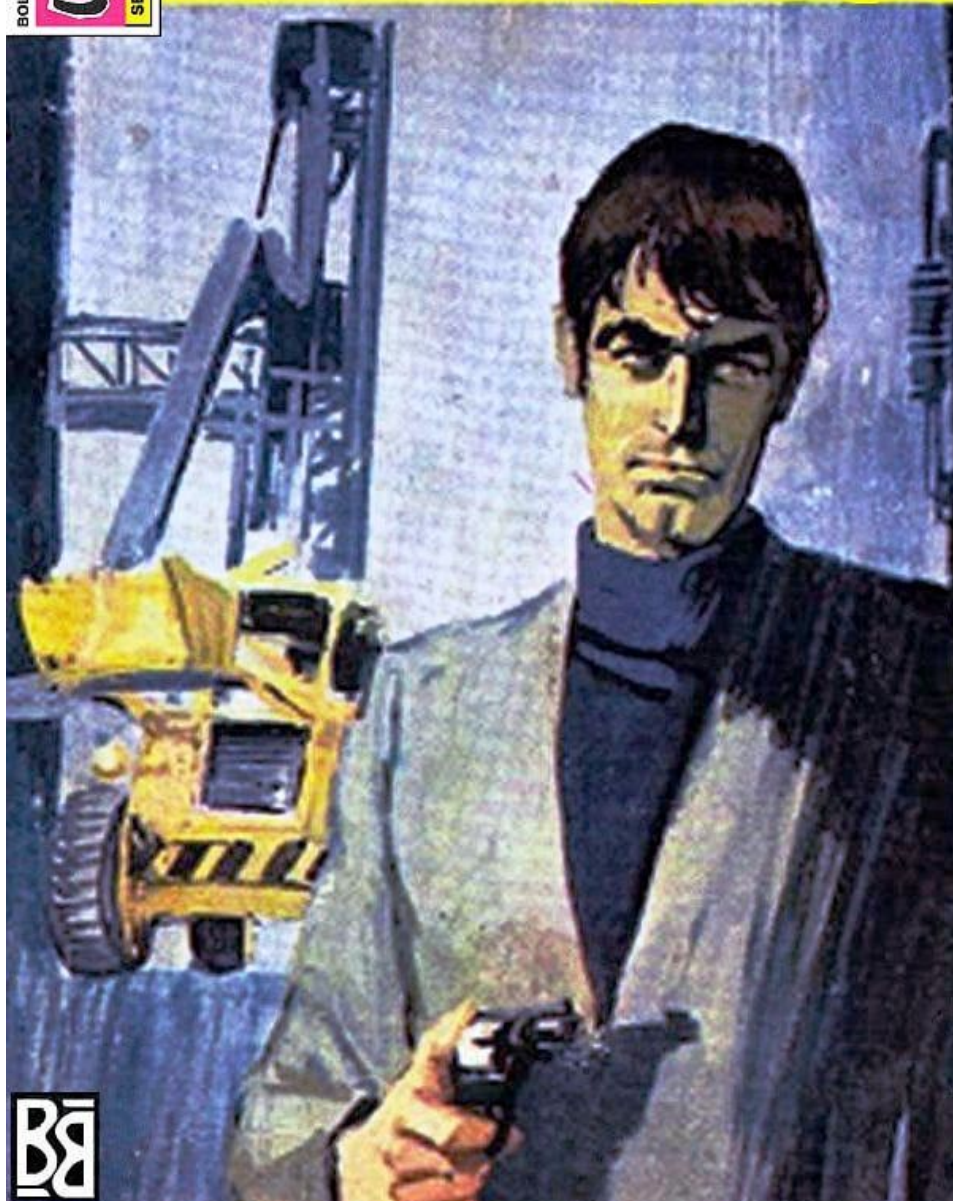
BOLSILIBROS BRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

LUNATICAS Y GORILAS

peter debry



B
B

Milton Miller titubeaba escasas veces. Si era el jefe del personal de una acreditada agencia de protección, se debía, entre otras cualidades, a poseer un carácter más que decidido, temerario.

Pero vacilaba en llamar a la puerta de aquel piso. Porque no era lo mismo enfrentarse con un conocido maleante que verse obligado a someter a un cerrado interrogatorio a Roscoe Evans.

Había esperado pacientemente a que Roscoe Evans, como era su obligación, acudiera a explicarse.

Un elemento duro Roscoe Evans. Muy apto para escolta y sombra de personajes que se sintieran amenazados o quisieran verse libres de importunos cazadores de autógrafos.

Pero también era un tipo muy difícil que no contestaría dócilmente, aunque las preguntas fuesen formuladas cortésmente.



Peter Debry

Lunáticas y gorilas

Bolsilibros - Servicio Secreto - 770

ePub r1.0

Lds 11.11.17

Título original: *Lunáticas y gorilas*

Peter Debry, 1965

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

CAPÍTULO PRIMERO

Milton Miller titubeaba escasas veces. Si era el jefe del personal de una acreditada agencia de protección, se debía, entre otras cualidades, a poseer un carácter más que decidido, temerario.

Pero vacilaba en llamar a la puerta de aquel piso. Porque no era lo mismo enfrentarse con un conocido maleante que verse obligado a someter a un cerrado interrogatorio a Roscoe Evans.

Había esperado pacientemente a que Roscoe Evans, como era su obligación, acudiera a explicarse.

Un elemento duro Roscoe Evans. Muy apto para escolta y sombra de personajes que se sintieran amenazados o quisieran verse libres de importunos cazadores de autógrafos.

Pero también era un tipo muy difícil que no contestaría dócilmente, aunque las preguntas fuesen formuladas cortésmente.

Y la causa principal del titubeo de Milton Miller radicaba en Roberta Evans, la esposa.

Aplicó un seco golpe con los nudillos de la zurda en el panel, a la vez que apoyaba el índice derecho en el timbre. Un modo, al parecer, poco lógico para llamar.

Era una vieja costumbre. A veces, la puerta estaba entornada y cedía al toque de los nudillos.

Pero ahora no cedió.

Tuvo la certidumbre de que, al cabo de un largo minuto, alguien había hecho uso del Encristalado y diminuto mirador. Un desagradable invento para el que era visto y no podía ver.

Pulsó de nuevo el timbre.

Abrióse la puerta y apareció la rubia *mistress* Evans. Carecía de sinceridad su risueña expresión.

—Buenas tardes, Miller. Pase usted.

—Buenas tardes. He de hablar con su marido.

Precediéndole, atravesaba ella el pequeño recibidor, entrando en una sala, modesta, pero agradablemente amueblada.

—Roscoe no está en casa.

—No está bien, no está bien —reiteró Miller enojado—. Somos ya mayorcitos para andar jugando al escondite.

—¿A qué se refiere usted? —inquirió ella, irguiéndose en la silla.

En pie, Milton Miller examinó, como si la viera de pronto, la cinta tricolor de su sombrero panamá, haciéndolo rodar entre sus musculosas manos.

—Escuche, Roberta... Cuando usted vino a mi agencia para pedir un empleo para Roscoe...

—Fuimos Roscoe y yo.

—Pero usted se valió de la amistad que unía a nuestros padres. He de ser conciso y claro, aunque me resulte molesto. Yo entonces garanticé a Evans.

—Y él ha cumplido siempre, que yo sepa.

—En efecto. Hasta hace poco, cumplió. Pero ahora, ¿por qué lleva tres días con sus noches rehuyendo el bulto?

—¡Roscoe nunca rehúye el bulto! Empleo su estilo bastante zafio de hablar, Milton Miller. Roscoe nunca...

—Cálmese. No se sulfure. La obligación de Evans era dar su parte diario, y carecemos de noticias suyas hace ya tres días. No ha aparecido por mi despacho, y he tenido que venir aquí. Empezaré a pensar que ha perdido su temple y que se parapeta tras unas faldas.

Roberta Evans iba a replicar poco amablemente, pero tras ella una cortina se movió. Y entrando, dijo Roscoe Evans:

—Déjanos a solas, Berta.

Ella obedeció presurosa.

Alto y macizo, Roscoe Evans daba la impresión de un peso pesado. Pero se desplazaba con suma elasticidad.

Su ancha faz de salientes pómulos, poseía dos contrastes llamativos: el intenso rojo del cabello y el frío azul de unos ojos inquisitivos. «Un hombre guapo y primitivo», lo había definido una millonaria cliente de la Agencia.

Milton Miller, aproximadamente de la misma estatura, pero mucho menos fornido, hubiera podido aparecer, comparado con Evans, y en caso de pelea, como una víctima segura.

Pero Evans conocía los recursos del jefe del personal de la agencia. «Demoledor y bestial», lo calificó un ex púgil expulsado.

Ambos estuvieron unos instantes contemplándose hostilmente. Evans permanecía tras la silla recientemente abandonada por su esposa. Más que apoyar en el respaldo sus amplias manos, parecía dispuesto a levantar de un momento a otro la silla.

Al prolongarse excesivamente el silencio, dijo Miller:

—Estoy aguardando, Evans.

—Siéntese. Póngase cómodo —rezongó Evans, entre dientes.

—Sería preferible que ninguno de los dos se comportase como un mentecato pendenciero. ¿Bebo recordarle que la Agencia «Pro-Guard» le paga un sueldo para que presente informe de sus jornadas?

—Usted es un experto sicólogo, dicen. No necesitará escarbarse mucho los sesos para poder adivinar una gran verdad. Lo sabe ya.

—No me atribuya poderes mágicos, Evans. ¿Cuál es esta gran Verdad?

—He terminado con la agencia, y no me parapeto tras las faldas de ninguna mujer. Si no me he presentado, ha sido porque quiero evitar discusiones que a nada conducirán.

—La agencia tiene justo renombre de proporcionar escoltas bien seleccionados. La demanda judicial presentada por Earl Ambrose, de San Diego, supone un grave contratiempo para la agencia.

—Lo cual, francamente, me tiene sin cuidado.

—Después del período de pruebas, usted, al ingresar definitivamente en la agencia, firmó determinados papeles. ¿Recuerda la cláusula sexta?

—Repito que he dejado de pertenecer a su agencia, Miller.

—No me queda más remedio que ser burócrata, ya que me obliga a recordarle otra cláusula de su compromiso. Usted tenía que comunicar por escrito, y con ocho días de anticipación, su cese voluntario.

—Prescindamos de papeleo, ¿quiere, Miller? Lo que importa es que la policía de San Diego no me encarceló.

—Le dejó en libertad bajo fianza, y también porque Earl Ambrose prefirió no aumentar el escándalo que le cayó encima en su ciudad natal.

—Entonces, asunto liquidado.

—Ni mucho menos, Evans. A las seis viene a visitarme un abogado, en representación de Ambrose. Va, a querellarse contra la agencia. Faltan treinta minutos. Lo menos que debió usted hacer, Evans, era darnos, una explicación.

—Ya están en antecedentes, ¿no? La policía de San Diego levantó un atestado. Les habrán enviado una copia como es lógico.

—Su obligación era acudir a verme, Evans.

—Estuve paseando. Solamente llegué a casa este mediodía.

—Bien... Cuando quiera nos vamos —invitó Miller.

—El abogado presenta una querella contra la agencia, no contra mi persona, ¿no?

—Por culpa de usted. Lo menos que puede hacer es hallarse presente cuando el abogado empiece con sus acusaciones.

—Ya responderé cuando el juzgado competente de San Diego me convoque personalmente.

Milton Miller se pasó el dorso de la zurda por la nariz. Un ademán que siempre preludiaba sus ataques directos.

—Vamos a dejar aparte abogados, papeleos, agencia y todo el lío, Evans. Voy a mencionar tan sólo su obligación como hombre. ¿Quién le respaldó para su empleo en la agencia?

Evans sonrió con rictus desagradable.

—Ya lo dijo antes, Miller. Me respaldó Roberta, su íntima amiga de la infancia allá en un pueblo de las montañas.

—A las seis le espero en mi despacho, Evans.

—No iré.

—Entonces, présteme su máxima atención. Si no aparece por la agencia antes de las seis, ya puede largarse a otro Estado.

—¿Por qué, si puede saberse?

—Porque en el Estado de California, yo, personalmente y con sumo gusto, haré lo imposible por hundirle dondequiera esté empleado.

—Váyase, Miller. No quiero pelear con usted.

—Ni yo. Porque está usted en su casa.

—¡Un momento! No me gustan las amenazas.

Milton Miller, encasquetándose el sombrero, y como atacado de sordera, atravesaba ya el recibidor.

Llegaba a la puerta cuando sobre su hombro se posó la diestra de Roscoe Evans.

—Quite la zarpa, Evans. Si a usted no le gustan los avisos, a mí me gustan todavía menos los toques masculinos... ¡Fuera la zarpa!

Lo que siguió tuvo la rapidez de una escena filmada en los primeros tiempos del cine.

El rápido directo que asestaba Evans contra la cara del que se había vuelto velozmente pasó por encima del sombrero panamá.

Y la puerta retembló al impacto del puñetazo.

Simultáneamente, en el estómago de Evans se hincaba en doble vaivén el gancho que en uno-dos

y con ambas manos, con refocilamiento, dedicaba Milton Miller a su ex empleado.

Acudía corriendo Roberta Evans.

Inclinado hacia delante, gemía Evans, rota la mano derecha en su involuntario choque con la puerta.

Milton Miller no quiso oír los posibles insultos que le dirigiría la muy enamorada esposa del pelirrojo Roscoe Evans.

Abandonó apresuradamente el piso, bajando la escalera, olvidándose del ascensor. Sabía ya que, en lo sucesivo, tendría un peligroso enemigo en Roscoe Evans.

Pero, por el momento, el enemigo era el abogado que le esperaba en su despacho, entregándole en silencio su tarjeta y mirando el reloj al volver a sentarse, como demostrando que apreciaba la puntualidad.

—¿Cómo está usted, Coleman? —saludó Miller, dejando sobre la mesa la tarjeta.

—Sabrá a lo que vengo, supongo.

—Pues no.

El abogado dejó de hurgar en su portafolios, para levantar la vista. Tenía el rostro afilado y por el estrecho caballete de la nariz resbalaban los lentes.

—Vengo a discutir sobre el escándalo que en San Diego provocó su agencia.

—Mi agencia no ha provocado el menor escándalo en parte alguna. Y jurídicamente radicamos en esta preciosa ciudad de Los Ángeles.

—Jurídicamente usted es el jefe responsable del comportamiento del personal contratado como escoltas. ¿Lo deniega o discute,

Miller?

—Ni deniego ni discuto.

Extrajo Coleman un rectángulo de su cartulina. Leyó unos instantes y resumió con sequedad:

—El pasado veintisiete de abril mi cliente el señor Earl Ambrose extendió un cheque, por valor de doscientos dólares, pagaderos a la Agencia Pro-Guard en concepto de honorarios anticipados por la prestación de un servicio de escolta y protección.

—Norma de la casa.

—Renovó dicho pago mi cliente el primero del corriente mayo.

—Se le adeudan, pues, y ya le han sido girados, los honorarios del día cuatro del corriente mes, al no haber realizado su cometido el escolta contratado.

—¡Porque la noche del tres de mayo, su escolta causó daños y desperfectos en la persona y mobiliario de mi representado!

Sin poderlo evitar, Milton Miller sonrió. El abogado, arrugada la frente, enarcadas las cejas, indagó:

—¿Tiene la bondad de exponerme si dije algo divertido, Miller?

—Yo no soy abogado y hay ciertas maneras de calificar las cosas que me causan gracia. Lo siento. Y ahora, en serio, creo que debería aconsejar a su cliente que retirase la demanda.

—Concretemos. Mi cliente contrata los servicios de un escolta llamado Roscoe Evans, que se compromete a evitar que le originen molestias a mi cliente.

—No altere la realidad, amigo Coleman. Los cheques los extendió Earl Ambrose, pero también firmó la solicitud de escolta y protección para otra persona. ¿A nombre de quién? De Carol Lefever.

—¡Sabe usted perfectamente que Carol Lefever es el nombre artístico de la señora Ambrose!

—¿Causó Evans desperfectos y daños en la persona o el mobiliario de Carol Lefever?

—Creo que está usted tergiversando la situación.

—Puntualizando, que no es lo mismo. El compromiso adquirido por Roscoe Evans era impedir que dicha dama fuese importunada por cazadores de autógrafos, importunos, sablistas y demás desequilibrados.

—¡Earl Ambrose sigue en la clínica con doble fractura del

maxilar! Lesiones de pronóstico menos grave, cuyo dictamen clínico incluye, además de la doble fractura, equimosis labial, pérdida de incisivos, tres puntos de sutura en una ceja y magullamiento general. ¡Aquí consta debidamente especificado!

—No me apabulle con exclamaciones coléricas y sea más vulgar en su lenguaje, Coleman. ¿Cuánto pide Ambrose?

—Mi cliente exige una indemnización de cien mil dólares. Le advierto que el propio interés de la agencia está en pagar la indemnización, antes que prospere la demanda y se convierta en acto público.

—Demuéstreme que éste es el interés de la agencia.

—¡Salta a la vista! ¿Quién contrataría los servicios de la agencia Pro-Guard cuando la Prensa pregone a los cuatro vientos que los escoltas, estas sombras fieles, como dice su propaganda, en vez de proteger, maltratan a sus propios clientes?

—Earl Ambrose no era el cliente que debía ser protegido.

—No emplee argucias, amigo Miller —rebatíó el abogado adustamente.

—Le hago una contraoferta muy razonable, Coleman. La agencia me ha facultado para que le presente con carácter irrevocable, una solución definitiva de este enojoso asunto. Liquidaremos las facturas de reparación de mobiliario y de la clínica.

—¡Una oferta absurda! —exclamó Coleman, poniéndose en pie—. ¡Mañana mismo daré curso legal a la demanda!

—Piénselo bien —dijo Miller suavemente.

Mose Coleman, que iniciaba ya una retirada majestuosa, se revolvió como picado por un tábano.

—¡A mí no trate de amilanarme! Sé perfectamente que usted viene a ser el cabecilla de una banda de matones, y si físicamente le soy inferior...

—¡Trate entonces de demostrar que me es superior cerebralmente, caray! Sin chillarme, señor abogado.

Sentándose de nuevo, Coleman dijo dignamente:

—Le escucho, amigo mío.

—¿Qué conseguirá Ambrose llevando este asunto a los tribunales? Cubrirse de ridículo. Si reclama judicialmente será el hazmerreír, el bufón número uno de toda California.

—La acrisolada honorabilidad de su agencia, amigo mío, no le

faculta para enjuiciar prematuramente a mi cliente.

—Tengo copia del atestado policíaco. Detuvieron a Evans por agresión y malos tratos de obra. Lo pusieron en libertad bajo fianza. ¿Y quién solicitó su libertad, quién depositó la fianza? Carol Lefever, la propia esposa del honorable Ambrose.

—Un acto de magnanimidad muy admirable.

—¿Usted cree? En el atestado consta que gracias a la declaración de Carol Lefever se comprobó que la primera agresión partió de Earl Ambrose, que, además, estaba asquerosamente borracho.

—¡Mentira, falacia, argucias! ¡Precisamente es Carol Lefever la que apoya la demanda judicial que represento!

—Usted, no es ningún abogadillo novato, Coleman. Tiene que haberse ya dado cuenta que lo único que busca Carol Lefever es propaganda. No le importa ridiculizar a su marido, o bien porque esté harta de él, o bien porque a todo antepone la propaganda.

—Creo que exagera la nota propagandística, Miller.

—Nuestro abogado podrá demostrar que, al ocurrir los hechos, Evans no estaba de servicio.

—¡El servicio de escolta se contrata a razón de cincuenta dólares cada veinticuatro horas!

—Es un simbolismo, Coleman —rió Miller, brillantes los pardos ojos burlones—. Los clientes, al igual que los escoltas, comen y duermen... por separado, se entiende.

—Contractualmente, han de responder de la seguridad...

Alzando la mano, atajó Miller:

—Hay un detalle peliagudo en el que no le conviene verse mezclado, Coleman, ya que hasta ahora ha representado mejores causas. Nuestro abogado puede demostrar que Earl Ambrose, entre otros antecedentes honorables, cumplió dos meses de prisión en Nueva Orleáns, por intento de chantaje. Y saque la deducción que se impone, Coleman.

Mose Coleman, dirigiéndose de nuevo a la puerta, la abrió, diciendo:

—Me atengo a las instrucciones de mis clientes. Buenas tardes.

—Quedo su seguro servidor, Coleman.

—No debería estar tan seguro de sí mismo.

—Procuro saber dónde piso, eso es todo. Y si resbalo, me sirve de lección —y procuro responder.

—¡Usted acaba de decirlo! —Y el abogado, volviéndose, tendió un índice acusador—. Si a Roscoe Evans le asiste toda la razón, ¿por qué no ha estado aquí presente?

—Ha sufrido daños y desperfectos en su persona y mobiliario. Astilló su propia puerta. Buenas tardes, Coleman.

Tras la partida del abogado, se enfrascó Miller en la revisión de los informes remitidos por el personal en sus diversas misiones.

Por el dictáfono resonó la amable voz de la secretaria de recepción:

—Una visita sin previa cita.

—Son las siete y media, Mary. El horario indica que le toca a Glance trabajar a partir de las siete.

—Es a usted, personalmente, a quien quieren ver.

—Mañana estaré visible.

—La visitante es la señora Ambrose.

Hasta, por el dictáfono sonaba, matizada de insinuaciones inhabituales, la voz de la poco agraciada, pero eficaz, Mary Jonson.

Inquirió Miller:

—¿La madre de Earl Ambrose?

—La esposa.

Otra voz intervino:

—Soy Carol Lefever. Y deseo ser recibida.

—Sus deseos son órdenes para mí, señorita Lefever. Enséñele el camino a la señorita Lefever, Mary.

CAPÍTULO II

Hacía ya quince años que aparecieron las primeras fotografías de Carol Lefever. La competencia europea de bellezas sensacionales en nada perjudicó la ascendente carrera de Carol Lefever.

Y viéndola aproximarse, pensó Miller que el cine en relieve tampoco la perjudicaría, sino al contrario. La que en 1950 había sido llamada «muñeca» y hasta «manzanita», por un crítico vegetariano, merecía en 1964 elogios más cálidos, menos empequeñecedores.

Era una sazonzada manzana sabrosísima; según hubieran podido confesar sus anteriores tres maridos.

—Soy su rendido admirador, señorita Lefever —saludó Miller, manteniendo abierta la puerta.

—Lo dudo mucho —replicó ella, dirigiéndose rectamente al sillón.

«Soberbia, autoritaria y dominante», se quejaban en los Estudios.

«Muy caprichosa y violenta», manifestó su tercer marido.

Permaneció Miller en pie a un lado de la mesa. Los claros ojos de un extraño color indeciso entre el verde y el azul, detallaban al detective.

Físicamente, como a miles de espectadores, le gustaba Carol Lefever a Miller. Pero detestaba la vanidad y la fría indiferencia con la cual la actriz exhibía sus múltiples atractivos.

Comentó ella desdeñosa:

—¿Con que es usted el famoso Milton Miller?

—Y usted la no menos famosa Carol, aunque, por motivos diferentes, que muy a la vista están. No hace más de una hora que estaba precisamente hablando de usted.

—También le silbarán los oídos, porque desde hace tres días

mentonamos mucho a su agencia.

—No es mía. Soy simplemente el jefe del personal de escolta.

—Supongo que mi visita le habrá extrañado.

—No, porque ya le dije a Coleman...

—¡Coleman es un estúpido roedor de códigos! ¿Quiere un cigarrillo?

—No, gracias. Los «Muratti» con boquilla pétalo de rosa y filtro malva me producen confusión.

—Juraría que a usted pocas cosas pueden confundirle. ¿Cómo averiguó que Earl estuvo dos meses en prisión? Sobreseyeron la causa, y era un arresto en indagatoria, sin proceso.

—Cuando recibimos el atestado de la comisaría de San Diego, empleamos un agente especial. Siempre nos interesa saber con quién hemos de tratar.

—Deberían emplear esta buena costumbre antes de reclutar individuos como Evans.

—Ya lo hicimos y el organismo federal aprobó su petición de licencia para uso de armas.

—En mi casa se portó como un rufián.

Milton Miller se acarició la nariz con el dorso de la zurda.

Ella exhaló una bocanada de humo y el diminuto pie derecho calzado con sandalias de alto tacón estilete, se movió, oscilante.

«Tiene unas piernas tremendas esta criatura» —pensó Miller.

—¿Y bien? —preguntaba ella.

—¿Y bien, qué señorita Lefever?

—Aquí no necesito mantener la ilusión, de mis juveniles admiradores. Ellos me creen soltera gracias al departamento de propaganda, pero sepa usted que me gusta que me llamen señora. Tiene usted un modo de recalcar el señorita que me molesta. Suena casi a ofensa.

—Depende del oído. Por el momento no tengo motivos para ofenderla. Ni usted a mí. Trato recíproco, ¿de acuerdo?

—Yo puedo estar ofendida, después de lo que ha hecho un hombre al cual usted recomendó. Debería elegir con más cuidado a su personal, Miller.

—No tenemos en nómina ángeles, sino seres humanos con sus fallos.

—Escuche, Miller... Yo no soy un ratón asustadizo como Mose

Coleman. No me importa que salga a relucir que Ambrose permaneció dos meses arrestado en Nueva Orleáns. Si quiero mantener en secreto mis matrimonios es para diferenciarme de las demás, que alardean de sus divorcios. Pero a mí poco me importa la murmuración.

—No sólo no le importa, sino que la busca afanosamente. Pero ya tiene su propio servicio de propaganda, señora Ambrose. Intentar desacreditar esta agencia es un mal sistema de propaganda.

—Ahórrese consejos, Miller. No he venido a recibirlos, sino a dárselos. Su agencia habrá de presentar públicas excusas ante un tribunal.

—La señora madre de Earl Ambrose, muy respetada y respetable, ¿está conforme en que hagamos uso de un legítimo derecho?

—¿De cuál? ¿Y qué tiene que ver mi suegra?

—Ella es la mamá del principal perjudicado. Y nuestra agencia, por medio de nuestro abogado, demostraría que Earl Ambrose no es ni mucho menos un ciudadano honorable.

—Esta opinión no es usted capaz de repetirla ante testigos.

—Llegado el caso, ya lo creo que sí. Tenga usted presente, señorita Lefever, que un proceso escandaloso no le aportaría una propaganda favorable. Casi me atrevo a asegurar que le cerraría las puertas de los estudio.

—¿A mí? —rió ella despreciativa—. ¿Está usted loco?

Milton Miller señaló una mesa lateral. Encima de ella había una caja cuadrada.

Con sus diales, voltímetros y tambores donde las agujas al rodar el detector de emociones, trazaban sus arabescos, el aparato de control de reacciones tenía aspecto de mecánica anticuada.

—¿Conoce este chisme?

—Una de esas tonterías con las cuales algunas empresas pretenden impresionar a los aspirantes a conseguir trabajos de cierta responsabilidad. ¿Qué tiene que ver con lo que estamos discutiendo?

—Roscoe Evans se sentó en la silla y consintió en que le aplicase los electrodos. Le hice unas preguntas sin importancia, como marca la rutina, y no se alteró el ritmo de sus pulsaciones cardíacas ni el de sus inspiraciones pulmonares.

—Bien, ¿y qué?

—Tampoco osciló su tensión arterial. Pero, en cambio, quedaron registradas las alteraciones violentas, como respuesta a unas preguntas muy especiales.

—Interesante. ¿En qué consistían? —inquirió ella irónicamente.

—Eran unas preguntas preparadas de acuerdo con determinados hechos anteriores y posteriores a la noche del tres de este mes.

—Interesantísimo —bostezó ella delicadamente—. ¿Qué clase de preguntas fueron las que alteraron el corazón y los pulmones de Roscoe Evans?

—Las respuestas, después de hacerlas públicas nuestro abogado, las podrá usted leer en la Prensa, señorita Lefever.

—Me río yo de su aparatito milagroso, Miller. Ya sabe que judicialmente no tienen valor los embustes o las sinceridades que puedan ser registradas por este instrumento.

—Legalmente, no lo discuto. Pero sirve para comprobar un tanto por ciento de verdades. Las he comprobado.

—Dígame tan sólo una.

—Usted, deliberadamente, provocó este escándalo.

—¿Sí? ¿Con qué finalidad?

—Usted sabrá... ¿Propaganda? ¿Librarse de Earl Ambrose?

—Dice usted que Roscoe Evans toleró este aparatito. ¿Cuándo?

—Exactamente anteayer, cuatro de mayo.

—¿Sí? ¿A qué hora, más o menos? —sonrió ella.

—Entre cinco y seis de la tarde.

Carol Lefever emitió una melodiosa risa muy acariciante.

—Es pasmoso lo que descubre su aparato, Miller. Realmente, tiene usted derecho al uso del título de... ¿cómo se llama? ¿Experto detector? ¿Sicoanalista?

—Llámeme malabarista. Hago juegos de manos con las mentiras ajenas y las mentiras propias. Las mías las empleo en servicio de la verdad. Usted sonrió cuando le dije que anteayer se sentó aquí Evans. Se rió cuando le cité la hora.

Frunció ella las cejas y agregó Miller:

—Hasta hoy, pese a que las ciencias adelantan que es una barbaridad, ningún mortal está dotado del don de la duplicación. Y mal podía estar aquí Evans a las cinco de la tarde del domingo, puesto que se encontraba en la playa de San Clemente.

Carol Lefever dijo con acritud:

—Ignoro el motivo por el cual me miente usted.

—Para evitar que el tribunal la transforme de despampanante estrella de cine en solemne embustera.

—¿Cómo se atreve usted...? ¡No estoy dispuesta a tolerar que...!

—Y la entrecortada respiración dilatada a un máximo abrumador el perímetro torácico de «La actriz rival de Jayne Mansfield».

—Le anticipé lo que determinaría el tribunal y expondría la Prensa, con deducciones que la agencia aportará si usted persiste en demandarnos judicialmente. Absténgase y le garantizo que no haremos uso de lo que sabemos.

—¿Qué presume usted de saber?

—Lo reduciré a sinopsis de guión. El veintisiete de abril, su cuarto esposo, Earl Ambrose, contrata una sombra para que escolte a la actriz Carol Lefever, importunada y asediada, en playas y locales nocturnos.

Asintió ella, entornados los párpados. Miller prefirió mirar al techo, al proseguir matemáticamente:

—El tres de mayo, a las once y cuarto de la noche, ligeramente ebrio, Earl Ambrose, manifiesta su opinión de que el hombre sombra no tiene derecho a abrazar entusiasmado a la actriz Carol Lefever.

En la pausa, Miller excusó mentalmente el entusiasmo de Evans.

—La acción tiene por escenario el saloncito de música. Earl Ambrose intenta descalabrar a Roscoe Evans con una estatua de bronce. Roscoe Evans no se deja. Hasta aquí, todo aparece a favor de Earl Ambrose. Se comportó muy varonilmente y no puede reprochársele que no lograra acertar con la estatua.

—Haría usted algún dinero extra como sugeridor de ideas para guiones, Miller.

—Gracias. La versión anterior es la que pretende explotar el abogado Coleman. Pero nuestro abogado, presentando pruebas abrumadoras, demostraría que no es lo mismo ser una buena actriz que pretender beneficiarse de una propaganda inadecuada.

—Lo que yo pretendo es evitar que otras personas sufran daño por culpa de supuestos escoltas protectores.

—Las otras personas que usted desea proteger, tendrán más sesos que usted, Carol. No se indigne conmigo, sino contra usted

misma. La legítima ira de una esposa hubiera emocionado al tribunal. Pero si al día siguiente, y mientras Earl Ambrose, su adorado marido, yace en el lecho de una clínica, Carol Lefever se encuentra de cinco a seis de la tarde en la playa de San Clemente, riendo alegremente a la sombra de un parasol y de Roscoe Evans, ¿qué pensará el dignísima tribunal?

Redondeados los turgentes labios en mueca reflexiva, la actriz resultaba todavía más tentadora, se dijo Miller, que volvió a elevar la vista al proseguir:

—El tribunal lo menos que pensará es que mi escolta y la demandante se han confabulado en un intento de doble beneficio: propaganda para ella y unos miles de dólares para el ex escolta Evans.

Y chasqueando la lengua con disgusto, añadió Miller:

—Pensemos ahora en la Liga de Defensa de la Moral. Estas damas, muy tiesas, que en la nación donde es tan fácil de conseguir el divorcio, considerarían legítimo declarar inmorales todas las películas de Carol Lefever. Y las distribuidoras respetan este boicot.

Suspiró ella sinceramente apenada consigo misma.

—Si aspira a un quinto marido, Carol, espere por lo menos dos acontecimientos. Primero, que se divorcie Roscoe Evans, y segundo, que deje de ser su esposo Earl Ambrose.

—Supongo que ahora debo felicitarle y declarar que es usted un lince maravilloso.

—Lo que debió de pensar que, además de facilitar sombras, la agencia a veces se ve obligada a investigar. Al no comparecer Evans, después de la notificación que recibimos de la comisaría de San Diego, movilicé cuatro sombras.

Encogió ella los hombros en gesto fatalista.

—Una sombra la vigiló a usted, y otras tres partieron a localizar a Roscoe Evans. Dos de ellos coincidieron en la playa de San Clemente. Y desde entonces, Roscoe Evans, que dice haber estado paseando, es un hombre muy distinto del que le hacía reír a usted en la tarde del día cuatro. Ahora parece incapaz de provocar risas ni contando chistes, Carol. ¿Jugó usted también con Roscos Evans?

—Yo no juego con nadie, sépalo.

—Entonces, ¿por qué a partir de la entrevista en la playa de San Clemente, a la que fueron por separado, han sido inútiles los

esfuerzos que hizo Evans para obtener una nueva entrevista con usted?

—Evans se creyó lo que no era... Confundió alguna libertad tolerable con un sentimiento más profundo. Por esto me reuní con él en la playa. Para anunciarle rotundamente que no debíamos vemos más.

—Sea lo que sea, creo que su visita ha sido beneficiosa para ambos, Carol. Yo he podido admirarla de cerca, y usted ha comprobado de cerca, que antes de entablar demandas hay que urdir los tejidos sin dejar cabos sueltos.

—Yo no urdí nada.

—Comprendo que la ocasión era tentadora. Usted imaginó por anticipado el efecto que haría en la masa lectora la noticia en grandes titulares: «Un escolta de la actriz Carol Lefever, enamorado hasta perder los estribos. Agredió a un familiar de la irresistible *miss* Busto».

Rió ella casi amablemente:

—Desde que he entrado está usted en un error, Miller.

—Evítemelo, por favor.

—Yo le pregunté si mi visita le extrañaba, y usted mencionó al estúpido de Mose Coleman. Pero yo no venía a verle por lo sucedido en mi casa de San Diego, sino por algo mucho más importante.

Del bolso extrajo un librito, que echó sobre la mesa.

Y no hubo melodrama en su entonación, sino sinceridad al manifestar:

—Alguien quiere matarme.

Milton Miller cogió el librito.

Era una revista de bolsillo. Alternaba una sección dedicada a narraciones de crímenes truculentos, con otra de argumentos de cine, ilustrados con reproducciones de las películas.

En la portada, en composición fotográfica, ocupaban una esquina dos rostros muy juntos. Uno era el del actor protagonista con Carol Lefever en la última película filmada.

El semblante de ella resplandecía como una mascarilla de alabastro en un cerco de luto.

No era debido al cliché el cerco negro que rodeaba la cara de Carol Lefever en aquella portada.

Era debido a la misma pluma que rodeó en la esquina inferior de

la portada, el supuesto cadáver de una espléndida rubia contorsionada en una acera, al pie de un farol.

Con el pulgar, Miller pasó varias hojas. Llamaron su atención una serie de circulitos negros. Rodeaban letras aisladas.

—Empieza en la primera página —advirtió ella.

En la primera página, las mayúsculas teñidas de rojo, repitiendo el título de la revista, resaltaban más por el cerco negro alrededor de algunas.

Y seguía el cerco enlutado.

Una invitación a leer formando palabras con las letras contenidas en los circulitos fúnebres.

Una vez realizada la operación de unir desde la primera letra enmarcada hasta la última en la primera página, se leía:

«Morirás inexorablemente antes que...».

Al volver Miller la página, indicó Carol Lefever:

—He copiado lo que dicen las letras con el círculo entintado. Han sido suficientes ocho páginas de la revista. El mensaje ocupa apenas media cuartilla.

—Ahorraremos tiempo.

Cogió Miller la cuartilla que ella tendía. Y leyó en voz alta:

«Morirás inexorablemente antes que decline el cuarto menguante. No soy ningún demente. Pronto tendrás una prueba. De nada te servirá la ayuda de nadie. Morirás inexorablemente antes que decline el cuarto menguante».

Insertó Miller la cuartilla escrita por Carol Lefever entre la octava y novena hoja de la revista. Dijo ella:

—El calendario anuncia luna llena el día trece.

—Antes de entrar en consideraciones de orden meteorológico, estimo esencial...

—¡No es otra propaganda que me estoy buscando, Miller! Si es preciso, lo juraré sobre la Biblia.

—¿Por qué conducto recibió esta revista?

—Metida en un sobre ordinario, donde no había nada escrito. Echaron el sobre con la revista en el buzón de mi casa de San Diego. Esta misma tarde.

—¿Cómo le consta?

—El ama de llaves abre tres veces el buzón de la verja. Por la mañana a las nueve, antes del desayuno, después del almuerzo, y antes de la cena. Deposita el correo sobre una mesita. Y el sobre conteniendo esta revista se hallaba entre las cartas, que retiró después del almuerzo.

—Puede tratarse de una broma de dudoso gusto. Frecuenta usted círculos renombrados por su excentricidad, Carol.

—Comprenda que, pese a mi pretendida excentricidad, tener que esperar a que decline el cuarto menguante para cerciorarme de si era broma o no, es algo que sobrepasa el límite de mi sentido del humor, negro, gris o amarillo.

—¿Por qué me hace objeto de sus preciosas confidencias?

—Este sistema de anunciarme una muerte inexorable podría haber sido inventado por Roscoe Evans.

—Evans, como toda la manada humana, abunda más en defectos que en virtudes, pero no es hombre de temple tan alambicado como para entretenerse rodeando con delicadeza letras seleccionadas para componer un mensaje con plumilla y tinta china.

—Precisamente porque es aparentemente un bruto, emplearía un procedimiento así, que le descartase en principio.

—Entonces, está usted reconociendo que le dio a Evans razones más que suficientes para que aspire a ser no ya su sombra fiel, sino su sombra mortal.

—Preferiría separar los dos casos. Uno, el de mi..., digamos, frivolidad con Evans, ya pasó. El segundo caso, puede pasar en fecha próxima. Como observará, hay un matiz diferencial en el que mi vida puede estar en juego. Éste ha sido el motivo de mi visita, pero como empezamos a disentir...

—Por mí, terminada la discusión, si accede a darme por escrito una renuncia a pleitear, y retira la demanda.

—¿A cambio de...?

—De impedir con nuestra abstención que entre en funciones la Liga en Defensa de la Decencia Ajena. Yo, particularmente,

comprendo sobradamente que usted quisiera divertirse un poco con Evans, aunque éste no debió olvidar que su obligación era respetar su compromiso.

—¿Cuál? —preguntó ella con supuesto candor.

—Ningún escolta puede atender a sus instintos ni tentaciones, hasta no terminar con su cometido de sombra. El calificativo lo dice. Una sombra no se adhiere en abrazo. Sigue y protege.

La expresión de la actriz obligó a Miller a añadir:

—Reconozco que yo en el lugar de Evans hubiera también perdido la calidad de sombra fría. Para algo ha consumido usted cuatro esposos.

Torció ella la boca y se apresuró Miller a solicitar:

—Olvide mi propensión al humor idiota. ¿Acepta mi oferta?

—Estoy dispuesta a firmar lo que me pide a cambio de que usted ponga en claro si es una broma de humor idiota o es obra de un sádico asesino el aviso que contiene esta revista.

—Trato hecho.

Bajó Miller la palanca del dictáfono y pidió:

—Tráigame el expediente Evans, Mary.

La actriz encendió otro «Muratti» de boquilla sonrosada.

Milton Miller abrió la puerta para recoger de manos de la secretaria una carpeta.

Regresando, extendió sobre la mesa varias hojas mecanografiadas.

—Son formularios ya rellenos. Basta con que firme.

—¿Todo previsto por la jefatura? —sonrió ella.

—Los preparó el abogado para el caso de llegar a una amigable componenda.

—Desearía llevármelos y consultar con Mose Coleman.

—Puede hacerlo. Mañana reanudo mí servicio a las nueve. Cualquier novedad que surja entre ahora y mañana a las nueve, pasa al despacho de mi suplente Otto Glance.

—¿Cualquier novedad... incluye al lunático?

—Lo dice claramente el mensaje. Recibirá usted una prueba de que no es un lunático. Posiblemente la prueba será un intento de chantaje. Primero atemorizarla, y luego petición de dinero. Puede estar tranquila.

—A usted le es fácil aconsejar tranquilidad siendo yo la

amenazada de muerte.

—Firme ahora y paso a ser su sombra fiel y constante.

—Consultaré primero con Coleman.

—Muy bien hecho. Nunca sobra un asesoramiento jurídico. Debí recordarlo antes y explicar a Mose Coleman su alegre escarceo de la playa el domingo por la tarde.

Levantándose, afirmó ella:

—Todavía es pronto para decidir si la mutua antipatía que nos inspiramos se transformará en odio o en atracción. Hasta mañana, Milton.

—Sigo siendo su rendido servidor, Carol.

Introduciendo en el bolso la revista, Carol Lefever abandonó el despacho.

CAPÍTULO III

El turno de noche era paradójicamente de todo reposo en la agencia «Pro-Guard», y el segundo jefe de personal, Otto Glance, poseía la perfecta secretaria.

—No existe una secretaria más ideal que yo misma, monín —decía con ecuanimidad Jenny, la propia secretaria.

Y Otto Glance asentía con grave cabezada.

—Porque si a la hora cero quieres descabezar un sueñecito, mi amor, te despatarras en el diván y yo puedo velar tus adorables ronquidos, sin que quepan equívocos, besuguín.

Otto Glance gruñía complacido porque estaba muy enamorado de su esposa Jenny.

Aquella noche del seis de mayo, todo el personal en activo había ya enviado su parte telefónico, reiterado por un igual:

—Sin novedad.

El portero y vigilante se instaló en su mecedora tras la puerta cerrada. Y Otto Glance, en mangas de camisa, apagó la televisión.

—Un poco de café te sentaría de rechupete, queridín —propuso la esposa secretaria.

Ochenta y ocho kilos musculosos repartidos en un metro ochenta, no inspiraban diminutivos a los adversarios de Otto Glance, cuando éste entraba en acción.

Pero la menuda Jenny sentía una gran pasión, casi maternal, por el que, en privado, se había ya acostumbrado a encajar toda una serie de mimosos diminutivos.

—Si tomo café, tardaré un par de horas en pillar j el sueño, Jenny. Claro que esta noche se anuncia tranquila.

—Toca madera, nenito. Aún me entran tembleques cuando recuerdo aquella noche en que dijiste lo mismo, y luego estuviste

una quincena convertido en un salchichón humano, en la clínica.

—Y los otros dos, ¿qué? Todavía anda cojo uno de ellos.

—Es que eres un gorilita agresivo, tontín.

—Primero... Deja que nos llamen gorilas los reporteros poco originales. Segundo... Me canso de repetirte que el diminutivo de mi nombre suena a chucho y... aunque estemos a solas, me suena mal, ¿estamos?, porque no todo van a ser...

Interrumpiéndose, Glance se puso apresuradamente su americana. Jenny pasó tras la mesita, colocando una hoja en el rodillo de la máquina.

Había sonado el zumbador con el que avisaba el portero detective una visita. Eran las once y media.

Glance se alisó los cabellos y fue a abrir. Podía ser un esposo enamorado, pero poseía un par de pupilas muy detallistas.

Y la visitante estaba imponente. Menuda, como le gustaban, y con un reparto tan excelente de curvaturas que resultaba eminentemente femenina.

Su voz era grave y acariciante:

—Buenas noches. Será un poco tarde, tal vez, pero no tuve más remedio...

—Buenas noches. Siéntese y tranquilícese.

En la hoja, la secretaria Jenny tecleó:

«Ya está tratando de hacerse el indiferente y paternal. Pero no cabe duda que esta monada le gusta un rato largo».

—Ya estoy más tranquila desde que le he visto, señor...

—Glance, Otto Glance.

La visitante rió inesperadamente. Con relinchitos nerviosos.

«Otra lunática más. ¿De dónde conozco yo a esta gatita?», repiqueteó en la máquina la secretaria.

—La máquina me pone los nervios a flor de piel, señor Glance.

Glance lanzó una ojeada severa a la secretaria, que, dejando de teclear, adoptó un aire de ausencia reflexiva.

—Gracias, señor Glance. Un conocido mío me dijo que esta agencia proporcionaba gorilas..., bueno, perdone, pero así les

apodan a los guardaespaldas. ¿Sus gorilas son de toda garantía?

—Comprobada.

—Estoy francamente asustada, señor Glance. Hubiese podido recurrir a los policías de los Estudios, pero no quiero que luego los columnistas de chismes, que siempre andan rondando, digan que me busco propaganda.

—¿Es usted artista de cine?

La ingenuidad de Otto entusiasmaba a su esposa. Y era ofensiva ahora. Casi un agravio. Porque la vanidad de los actores sólo era superada por la de los escritores.

¿Podía haber algo más ofensivo que preguntarle a una naciente estrella como Luana Graham si era artista de cine?

—Soy Luana Graham —anunció la estrella con el tono de voz de un maestro enojado enseñando algo elementalísimo a un alumno cretino.

—¡Reconcho! Perdón. Ya decía yo que su carita...

—«Sueño sin despertar» —apuntó Jenny, acudiendo en ayuda del que aborrecía el cine.

—Eso es —aprobó Luana Graham complacida.

Miraba con repentino cariño a la secretaria al añadir:

—Ésa ha sido mi última película.

—La señorita Graham recibe a diario un promedio de ochocientas cartas, señor —aclaró Jenny.

—¡Ostras! Y decía usted, señorita Graham, que estaba asustada...

Luana Graham colocó sobre la mesa un sobre de papel recio, parafinado. Cogíéndolo, leyó Glance la dirección:

Luana Graham

Sandhurts, 56

BEVERLY HILLS (6)

—Contiene una revista. Un número atrasado. En la portada estoy yo.

Extrajo Glance del sobre la revista. En la portada, un círculo trazado a pluma destacaba el aniñado semblante de Luana Graham en su papel de squaw india.

En la esquina inferior, otro círculo de tinta china destacaba el dibujo que podía ser considerado como un bodegón fúnebre.

Una naturaleza muerta y macabra. Una mano femenina, cortada. Un cuchillo enrojecido.

—Cuando mi secretario me trajo este sobre, me chocó su contenido. Él está facultado para abrir y contestar mi correspondencia. Me aconsejó que viniese a visitarles, pero a una hora en que nadie pudiera verme.

—Esta hora es excelente.

—Mi secretario miró con lupa este matasellos.

Glance miraba sin lupa el matasellos. Dijo:

—Esta carta fue echada esta mañana en el buzón de urgencia 303. Por favor, Jenny, ¿quieres mirar la guía de correos? Decía, pues, señorita, que su secretario le trajo este sobre abierto. ¿Cuándo?

—A las cuatro de la tarde me trae para la firma la correspondencia y fotos. Dice Max que puede ser una broma pesada. Pero, por si acaso, me dijo que viniese a pedir una investigación. Y como Max...

—¿Max?

—Max Holden, mi secretario. Como no puede estar las veinticuatro horas conmigo, me dijo que no vendría mal contratar un gorila, al menos hasta el día trece.

—¿Por qué precisamente hasta el día trece?

—Porque es luna llena.

Lo anunció ella como si se tratase de una cosa muy evidente.

Otto Glance pestañeó asombrado.

—El buzón 303, de urgencia, está en la boca del subterráneo norte, acera principal, Avenida Lincoln, señor —aclaró Jenny.

—Oiga, señorita... ¿Qué diantres oí acerca de la luna llena?

—Fue Max quien lo interpretó. Es mi secretario, pero también es un famoso guionista. Sería el mejor de todos, si quisiera trabajar seriamente, pero es excéntrico, independiente y rebelde...

—Luego hablaremos de Max. No comprendo su mención de la luna llena el día trece.

—En la primera página verá usted letras entintadas. Vaya leyendo letra por letra, las que tienen circulito.

Jenny acudió al lado de su marido. Fue ella la que en voz alta

empezó a deletrear:

«Los elegidos de los dioses mueren jóvenes, Luana. Y...».

Volvió Otto la página y siguió Jenny deletreando:

«... morirás antes del plenilunio. Recibiendo primero otro aviso. Sí...».

Fue ahora Glance el que pasando a la página tres, leía:

«... te imaginas que la policía puede evitarte lo irremediable y fatal, tu desengaño...».

—Lo pasaré a máquina, jefe —dijo Jenny, arrebatando la revista de manos de su marido.

—«... tu desengaño será el postrero y definitivo» —recitó Luana, entornados los párpados—. No hay más letras rodeadas del trazo negro, hasta la penúltima página, donde las marcadas dicen: «No llegarás a la próxima luna llena».

Otto Glance sonrió.

—No debe inquietarse, señorita. A mi parecer, esto es una chanza estúpida; pero, no obstante, ya que le anuncian otro aviso, haré la correspondiente investigación. ¿Sospecha de alguien en particular?

—Que yo sepa, no tengo enemigos. Max dice que puede tratarse de un intento de chantaje.

—¿Motivo?

—Hace una semana percibí ciento cincuenta mil dólares de anticipo al firmar un nuevo contrato. Y se publicó.

—¿Por qué no le ha acompañado su secretario?

—Max solamente viene de tres a cinco. Muchas me envidian, porque Max, rebelde a todo horario, y siendo un guionista de categoría, aceptó ser mi secretario. Se negó a percibir sueldo.

—¿Motivo?

—Dice que la correspondencia que yo recibo le sirve de documentación para temas románticos. Tiene una emisión de TV titulada: «Princesa por una noche», y las cartas que recibe las arregla con frases románticas de mi correspondencia.

—¿Le aconsejó Max algún gorila en especial?

—Me dijo que procurase que pudiera parecer mi abuelo —rió ella.

Sus veinte años podían tener aspecto pueril. Pero había temor latente en los ojos de la estrellita, pensó Jenny. A la vez que manifestaba:

—Carter Clintock está libre, señor.

—Llámale. Que venga ahora mismo. Es el adecuado. Buena presencia, cabellos blancos, mirada compasiva. Primer premio de tiro a pistola y domina el arte de arrear trompadas eficaces. No hay inconveniente en que lo presente como su abuelo.

—Lo contrato. Hasta el día trece inclusive. Todo esto es infantil, pero como Max dice...

—Déjeme este sobre y la revista. Tenga la bondad de leer estos formularios antes de firmarlos.

Leyó Luana los formularios. Los firmó.

Hacía ya algunos minutos que Jenny había abandonado el despacho. Regresó con un anciano de agradable apariencia.

Carter Clintock se ganaba un sobresueldo como modelo para propagandas de aguas minerales y vitaminas.

Tenía el saludable aspecto de un sesentón de costumbres morigeradas.

—Hola, Carter. Ésta es la señorita Graham.

—¿Cómo está usted, señorita Graham? Jenny me ha explicado por el camino lo que motiva su visita.

—Me tranquiliza tenerle por gori..., por protector —sonrió ella.

—Firme, Carter.

Clintock cogió la pluma y firmó cinco formularios sin leerlos. Luana entregó un cheque. Y paternal, dijo Glance:

—No se preocupe. Usted verá brillar muchísimas lunas. Buenas

noches.

La estrella, seguida y precedida en alternativas por su escolta, abandonó la agencia protectora.

—¿Qué te pareció la chica, Jenny? —preguntó Glance.

—Un bombón. Eso te pareció a ti. La mirabas como un caníbal, glotón.

—¿Yo? Vamos, mujer. Tú sabes que la única que me inspira glotonería eres tú.

Esquivó ella las manos maritales. Glance añadió:

—Bueno, con Carter no hay cuidado. No pasará lo de Roscoe. Porque esta nena es toda ingenuidad, pureza y candor.

—Sí, sí, ya, ya... ¿Café, monín?

—¡Y un cuerno! Te tengo prohibidas tres palabrejas asquerosas: monín, rico y bebé. Las sueltas como el otro día, y Milton se retuerce de risa.

—Milton Miller es un bruto envidioso. Ya le gustaría a él que le llamasen monín.

Otto Glance rió a mandíbula batiente. Tuvo que enjugarse las lágrimas.

Le causaba llanto hilarante la suposición de que nadie pudiera llamar monín a Milton Miller.

—¿Otra vez? Vaya nohecita, mamá —protestó Glance, que estaba iniciando un ataque alevoso contra su secretaria.

El zumbador acababa de advertir una nueva visita.

Jenny, reajustándose la ropa regresó a su máquina.

Abriendo la puerta, examinó Glance con fastidio al que se aproximaba. Un hombre flaco, de rostro anguloso, cabello castaño, de ojos hundidos y febriles. Debía tener unos treinta años.

—Buenas noches. Me llamo Holden. Max Holden. Ha estado aquí, no hace mucho, Luana Graham.

—Pensaba visitarle precisamente mañana.

—Entonces, no me cobre la consulta. No quise acompañar a Luana para dejarla explicarse a ella misma, con su estilo personal. ¿Qué impresión ha sacado?

—Es prematuro pretender opinar. Usted está más capacitado para ello. Por su cargo de secretario.

Max Holden apuntó con el índice hacia Jenny, antes de sentarse.

—Su secretaria es lindísima. Pero quiero hablarle en privado.

—No tengo secretos para Jenny.

—Usted, tal vez, pero ¿y la agencia?

—Tampoco.

El tono seco de Otto divirtió a Jenny. El muy plácido Otto resultaba delicioso cuando se amoscaba.

Encogiéndose de hombros, declaró Holden:

—Acudo por vez primera a un detective. La invasión de policíacas, la actual novela caballeresca, nos permite conocer al abecé investigador. Ahorremos tiempo. Descárteme a mí.

—¿A usted? ¿Motivos?

—No soy un secretario vulgar y moliente. Le informarán en los Estudios de que estoy rabiosamente enamorado de Luana.

—¿Sí?

—Entendámonos. Amor platónico. ¿Sabe con qué se guisa?

—Amor romántico. Hablé de descartarle.

—Para evitar que me apunte en su lista de sospechosos, prefiero presentarle yo mismo los motivos que tengo para asesinar a Luana y los que me impiden hacerlo.

Procuró Glance no exteriorizar su íntima convicción sobre la demencia del gremio de escritores cineastas. Aclaró Holden:

—Los guionistas podríamos ser simbolizados como una comunidad de grillos agitados dentro de un gran cascabel. Ahora bien, nunca considere majareta al hombre que le confiesa poseer esta envidiable brizna de locura que hace soportable la existencia.

Glance asintió gravemente. Nunca llevaba la contraria a los tipos raros. Elevando —los ojos al techo, expuso Holden:

—Luana es la quintaesencia sin química de la virginal pureza. Pero ignora lo que es amar. Su alma solamente vibra en sus papeles. Vive tremante de ansias, devorada por la llama interpretativa. ¿Me capta usted?

—Lo procuro lo mejor que puedo.

—Cuando me di cuenta que en ella no existe ni la más remota fibra despierta al arrullo de la orquesta de violines sentimentales que todos llevamos en el corazón, concebí odio hacia ella. Pero no puedo matarla. Sería como asesinarme yo mismo.

—Ella parece tener muy en consideración sus consejos.

—También tiene en gran estima las melifluas indicaciones de su modisto. Descártelo también. Sólo es culpable de exhibir esqueletos

asegurando que son mujeres. Algún día me haré modisto, pero sin equívocos. Exaltaré y glorificaré a la mujer opulenta. El complejo de la nodriza alienta inconfesable en el hombre cuanto más hombre es... Creo que me extravió y no sé ya por dónde andábamos, amigo.

—Luana, la revista, luna llena, etcétera.

—Debió parecerle anormal el autor del envío de la revista mixta de crímenes novelados y cine.

—Todo lo que se aparta de lo vulgar, deja de serlo.

—Una verdad de toneladas. ¿Conoce el mundillo del cine?

—He escoltado a bastantes estrellas.

—Le compadezco. En la fauna animal hay una escala ascendente. Cuatro categorías, insoportable por su extrema vanidad. La primera, formada por la abundantísima plebe de necios tenderos que han robado con suerte y tienen un fortunón. La segunda, la constituyen el ochenta por cien de las mujeres bonitas.

El guionista miraba fijamente a Jenny. Agregó:

—Su secretaria es bonita, apetitosa y modesta. Un mirlo blanco.

—Volvamos a su tema, amigo —gruñó Glance.

—La tercera, la formamos nosotros los escritores y cuantos de más o menos lejos puedan ser considerados estos bichos lunáticos llamados artistas. Eso es. Lunáticos. Me incluyo, lógicamente.

—¿La cuarta?

—La superior y máxima. La gente de doble vida. Los que viven otras existencias desde cualquier tablado, se agarran a un micrófono o se remueven ante cámaras de pantalla grande o chica.

—Voy creyendo que para usted existirán pocas personas simpáticas.

—Muy pocas. Usted, por ejemplo, me es simpático. Ya sé que desde que he abierto la boca, le soy profundamente antipático. ¿Ve? Hasta se sonroja, amigo. Esto es lo que me gusta en usted. Está tallado en una sola pieza. Sin matices. Plenamente sano. El hombre primitivo. Bendito sea.

—Exacto —aprobo Jenny satisfecha.

—Su secretaria está loca por usted, amigo. Bien, bien... Volvamos al grano. Usted no es un ricachón creyéndose talentado, ni es un artista intelectualoide, ni un actor. Por consiguiente, su misma rectitud le hace difícil sumergirse y saber nadar en el turbio mundillo oleaginoso que ha conquistado Luana.

—Entonces, opina que el lunático y presunto asesino hay que buscarlo por los estudios.

—¿Dónde, si no? Ha sido demasiado rauda la estelar ascensión de Luana.

—Muchas estrellas han poblado el firmamento cineasta, sin inspirar asesinato. Además, usted mismo le dijo a Luana que podía tratarse de un preludio de chantaje. O de una chanza.

—Si le ocurre algún percance a Luana, pídamela la lista de sus posibles asesinos.

—Ella afirma no tener ninguno.

—Las estrellas viven entre nubes, en otra atmósfera, amigo. Cuando Luana fue descubierta, le rescindieron el contrato a Marilyn Parker. Una.

Anotaba Jenny. Sonrió Glance escéptico.

—Al cuarto día de toma de pruebas, Luana arañó y ridiculizó a Joey Burns, el productor, que pretendió besarla. Otro. ¿No es motivo suficiente para matar?

—Los cementerios estarían superpoblados si cada individuo frustrado decidiese asesinar a las que no se dejan besar.

—Usted habla de personas normales. Yo, no. Tenga en cuenta que Marilyn chupa marihuana como un rorro hambriento. Y Joey Burns es manicomiable. Se cree muy sensato, ¿comprende? He venido simplemente a advertirle que no tome a broma nada de lo que pueda yo contarle.

—Mi secretaria ha tomado nota de dichas dos personas, sus motivos y características. Siga ayudándonos, por favor.

—La lista de envidiosos, amargados, desquiciados y resentidos, sería interminable. Vivimos la década que llamo «6 Des». Desquiciamiento, desesperanza, despiste, desintegración a la vista... No veremos la década 7, dicen los acoquinados. ¿Cuánto adeudo a su agencia?

—No ha sido consulta. Agradezco su ayuda.

En pie, Max Holden dedicó una ceremoniosa reverencia a Jenny Glance.

—Buenas noches, señora Glance. Ídem, señor Glance.

En el pasillo, Glance alcanzó al guionista.

—No creo haberle dicho que mi secretaria fuese mi esposa.

—Salta a la vista. Ella le sigue constantemente con mirada de

propietaria enamorada, y usted la contempla con ojos de carnero contento.

—Tampoco creo haberle dicho mi apellido.

—A la derecha de donde dormita el conserje, hay una casilla. La que está iluminada dice: «Otto Glance».

—Muy observador, Holden.

—Por oficio, afición y eficiencia. Abur.

En el despacho, quitándose la americana, rezongó Glance:

—Este tipejo me sienta como un patadón en las muelas.

—Es encantador. Te adivinó pronto el carácter, vidita. Y qué bonito era lo que dijo de los violines...

—Avisa al turno de ojeo. Ya mismo, Jenny. Dos sombras hasta el trece, para saber qué clase de pajarraco es éste Max Holden del demonio.

—¿Tú crees que él...?

—Pregúntamele el trece. No quiero café. Apaga la luz, nena. Quiero dormir.

Otto Glance pudo dormir. No hubo más visitas. Salvo la permanente y gratísima de su tirana y esclava esposa.

CAPÍTULO IV

Milton Miller sentía debilidad por el espectáculo siempre igual, y sin embargo constantemente renovado, del mar.

La terraza del «Sunkis» prolongándose entre palmeras y parasoles desembocaba en un mirador encristalado.

Pero Miller encontraba más acogedor el parasol bajo el cual nada ni nadie le estorbaba la visión de la refulgente playa, susurrante y desprovista de bañistas.

Creyó que era el camarero el que, retirando el servicio, le insinuaba sin palabras, que empezaba la madrugada.

Poseía Miller un perfecto dominio de su sistema nervioso y de sus íntimos sentimientos. Por eso se limitó a decir:

—Hola, Roberta. ¿Qué quieres tomar?

Al igual que se había sentado en silencio frente a Miller, denegó en silencio con la cabeza, la esposa del gorila Roscoe Evans.

—A solas puedo tutearte, Roberta. Y te sentará bien ahogarte. Yo no le aticé a Roscoe. Impedí que me rompiera la cabeza. Escucha... No debes poner esta carita trágica.

Intentó ella suavizar sus rasgos faciales.

—Tu marido encontrará fácilmente trabajo... Lejos de California.

—Sabía que usted venía aquí. Roscoe, a su manera, me ha contado lo que sucedió en San Diego. Pero yo quiero oírle a usted. No le guardo rencor por lo de esta tarde, Miller. Aunque hayan tenido que enyesarle la mano a Roscoe... No le guardo rencor, Miller.

—Una mujercita como tú debe siempre creer lo que le cuenta su marido.

—Menos cuando miente.

—¿Por qué ha de mentirte Roscoe?

—Me consta. Le pido por favor, Miller, que me conteste sinceramente. ¿Verdad que Roscoe está enamorado de Carol Lefever?

—No confundas una atracción carnal, muy corriente en cualquier hombre, con el amor.

—Esta tarde, a las siete, Roscoe se ha ido para siempre.

—¿Para siempre? No dramatices, mujer.

—Envió a un chófer de taxi a recoger sus cosas. Y ésta es la nota que me escribió. Letra torpe, porque firmó con la zurda. Tecleó letra por letra, me dijo el chófer.

Era una hoja arrancada de un bloc. Leyó Miller:

«Puedes entablar demanda por abandono de hogar, Berta. No volveré. Es inútil que me busques. No sirve de nada disimular. Eres joven. Puedes rehacer tu vida. Yo intentaré rehacer la mía».

La firma aparecía confusa. Devolviendo la nota, murmuró Miller:

—No debes apenarte así, Berta. Cuando se le pase el mal humor, volverá.

—De todo tiene la culpa... ¡esa mala mujer!

—Carol no tiene la culpa de nada. Tu marido es mayor de edad. No es ningún colegial.

—Dos días después de ser contratado por ella, vi a Roscoe transformado. Hay cosas que no pueden disimularse. Roscoe estaba enamorado y ella se divertía con él. ¿Sabe a dónde fue el taxi?

—No tengo la menor idea.

—A San Diego.

—Figuraciones tuyas.

—El chófer debió sentir lástima por mí. El caso es que me telefoneó a las nueve y media para decirme que había dejado a mi marido en el hotel Grover de San Diego.

—Has de tener presente que Roscoe debe presentarse ante el tribunal de San Diego, apenas sea convocado. Ha preferido terminar de una vez con esta cuenta pendiente, que le impide dedicarse a buscar otro trabajo.

—Has leído la carta, Milton. Está muy clara. Es brutal, fría, y yo no me merezco esto.

—No llores más, caray. Ya volverá tu marido apenas se le pase la ofuscación. Reconoció que se ha portado como un principiante, y esto le duele a cualquier hombre.

—Pero ¿por qué a mí... me escribe así?

—No sabe cómo explicarte lo sucedido. Eso es todo. Tan pronto quede exculpado por el tribunal, vendrá. No le hagas preguntas. El carácter de Roscoe es así. A mí mismo, ya viste cómo me contestaba.

—Es diferente. Conmigo tenía que ser sincero.

—El día que ye me case será porque mi esposa habrá aceptado una condición. Si estoy ausente días, semanas o meses, no ha de preguntarme a la vuelta dónde estuve.

—Ninguna esposa aceptaría esta condición.

—Por esto mismo sigo soltero. Vaya, ya has sonreído...

—Porque pretendes quitarle importancia a las cosas.

—Pretendo que no dramatices. Hombres como Roscoe los trato a montones al cabo del día. Cuando se equivocan les cuesta mucho reconocerlo. Pero pasan unos días, y calladamente regresan, disculpándose sin palabras.

—Mi caso es diferente.

—Todos creemos que lo nuestro es diferente.

—Agradezco tu bondad conmigo, Milton. Pero yo estaba enamorada, y sigo estándolo. No quiero divorciarme. Si Roscoe no vuelve, soy capaz de cometer cualquier locura.

—Déjame el asunto. Enviaré a Otto a San Diego. Y Roscoe le hará caso. Escucha... Conseguiré para tu marido un certificado a fin de que pueda hallar trabajo en otro Estado. Aquí resbaló, pero es un buen escolta, no le quitarán la licencia. Lo conseguiré.

—Gracias, Milton. Eres para mí como un padre, como un hermano. ¿A qué hora puedo telefonearte mañana?

—A partir del mediodía. ¿Te acompaño a casa?

—Una amiga me ha traído en su coche. Gracias, Milton. Hasta mañana.

Bajo el parasol, en la noche, Milton Miller no encontró ya placer en contemplar el fleco de espuma que mansamente lamía un trecho dorado.

—Como un padre, como un hermano —rezongó entre dientes—. Pero ¿qué demonios de parentesco me une con este cabezota de Roscoe Evans?

Se levantó. Había decidido que un paseo en coche hasta San Diego en aquella tibia noche, no le sentaría mal.

Tras el último viraje en la carretera de cornisa sobre el mar, divisó las luces de San Diego.

No le gustaba la presencia de Evans en el hotel Grover. A una milla de distancia estaba el chalet propiedad de Carol Lefever.

Hombres como Evans no se resignaban a ser el juguete de una estrella caprichosa.

Frenó. Aquel edificio de inmaculada blancura le acababa de recordar al esposo de Carol, al apuesto caballero Earl Ambrose.

Pero a aquella hora nocturna no le autorizarían a visitar al magullado y contuso Earl Ambrose.

Aceleró nuevamente hasta aparcar en la rotonda cubierta del «Grover». En la pista de baile, de la terraza *varias parejas acompañaban sus cuerpos al ritmo de una lánguida samba.*

En el mostrador, el conserje miró una casilla.

—Estará tal vez en las terrazas —informó—. Su llave está aquí. Y no ha recogido el correo.

—¿Correo?

—Una carta urgente que han traído en la saca d las once.

—Ya.

Atravesando el bar, salió Miller a una terraza. Preguntó a un camarero:

—¿Roscoe Evans?

—¿Roscoe Evans? —repitió el interpelado.

—Uno con la mano derecha escayolada.

—Ah, sí... No, no le he visto. Cenó a eso de las nueve y se fue.

Regresó Miller a su coche. No sabía en definitiva lo que quería decirle a Evans.

Pero sí sabía que no le gustaba la proximidad del «Grover» con el chalet.

Conduciendo hacia los pinares, por entre los cuales asomaban a trechos, aleros y picudos remates de edificios lujosos, Miller encogió los hombros, discutiendo consigo mismo:

—No, hombre... Evans no es tipo para entretenerse, lengua

fuera, mojando plumines de redondilla en un tintero, y trazando aritos en torno a letras escogidas una por una...

Frenó, deteniendo el coche en seco.

¿Era el agudo graznido de un ave nocturna? Las gaviotas solían emitir chillidos escalofriantes.

Pero aquel largo alarido era humano.

Saltó del coche. Corriendo, tomó impulso como un corredor de vallas. Pasó por encima del seto divisorio, tras el cual, de nuevo, acababa de emitir un agudo chillido una garganta femenina.

Tras unos cristales divisó varias sombras confusas.

En un tiempo récord olímpico surcó los treinta metros que le separaban del edificio.

¿Quién gritaba con tanto terror en el chalet de Carol Lefever?

En torno a un sofá había personas de ambos sexos. Batas mal ceñidas, zapatillas, pijamas asomando...

Miller dedujo que la servidumbre del chalet, alarmada, había llegado antes que él.

Se aproximó y una de las criadas chilló al verle.

—Detective Miller —se apresuró a decir—. Venía a visitar a la señora Ambrose.

Del sofá se destacó una mujer al ponerse en pie. Dijo:

—Buenas noches. Ya me ha hablado mi nuera de usted. Retírense.

Había señorío natural y autoridad nativa en Marta Ambrose. Añadió:

—Esperen en el «office» por si han de ser interrogados.

La retirada respetuosa de la servidumbre descubrió tendida en el sofá a Carol Lefever.

Respiraba entrecortadamente, agitando la cabeza reclinada contra un brazo del mullido mueble.

—Cálmate, Carol. Está aquí el señor Miller.

Marta Ambrose poseía una tez sin arrugas que hacía casi frívolo su blanco cabello.

—No ha sido más que el susto, Carol. No estás herida. Ni tienes más daños que el susto, Carol.

Marta Ambrose señaló algo que ya había visto Miller.

En el cuero color ámbar del sofá destacaba el mango metálico de un cuchillo hundido entre la crin.

Carol Lefever en «calypso» color carne, quedaba más que fotogénica, alucinante, meditó Miller. Unas piernas que eran un poema de carne y rosas. Un busto que era un atentado al pudor ajeno...

Sentándose, la estrella exclamaba frenética:

—¡Ni siquiera un vaso de agua, ni siquiera un vaso de agua!

Marta Ambrose se dirigió hacia una de las puertas.

Exasperándose progresivamente, prosiguió Carol Lefever:

—Lo ha visto usted, usted mismo lo ha visto. Y lo ha oído. Mi suegra está triste... «Ha sido sólo el susto, Carol. No estás ni herida»... Se ha llevado un tremendo disgusto mi elegante suegra. Acarició la esperanza de verme atravesada de parte a parte.

Se tocaba el torso. «Para atravesarte necesitarían un sable o una lanza, muchacha. No un cuchillo», meditó Miller.

—¿Y usted, usted es un detective? Estuve a punto de ser apuñalada, hace apenas minutos, y aparece usted como si viniese de visita. ¿Le sirvo un «gin-fiz» o un «daiquiri», señor Miller? Una noche deliciosa, ¿verdad, señor Miller?

—Se va a quedar afónica.

—¡Es terrible vivir rodeada de gente que nos mira sin afecto, con rencor o con lujuria!

Miller procuró apartar la vista de la espléndida anatomía.

—Al fin y al cabo, usted es un hombre.

—Gracias.

—¿Vio a mi suegra? Como siempre. Tiesa como una gran dama del siglo de las revoluciones. Yo soy una plebeya, ¿sabe, Miller? En cambio, los Ambrose descienden de las Cruzadas. Sus antepasados procrearon en Nueva Orleáns. ¡Diga algo, Miller! Mire este cuchillo, por ejemplo. Pura propaganda. Plástico. Yo me dedico a atravesar los muebles...

—Se está atragantando, Carol.

—¡Ahí viene la señora marquesa! Adelaide-Martha —Josephine D'Ambrose

y otras hierbas. No me importa que esté usted presente, Miller. Dígaselo ya, Marta. Usted me abruma con su desprecio desde el mismo día en que su hijo se casó conmigo, la plebeya, la vulgar... ¡Dígaselo!

Sentándose en un sillón, Marta Ambrose miró a Miller:

—Le servidumbre no ha visto a nadie. El jardinero acaba de recorrer el parque, sin ver...

—¡No hace falta que lo testifiquen los lacayos! La verdad es que como yo sabía que Miller iba a venir, preparé todo este escenario.

—Estás temblando, Carol. Si no tomas tu sedante, mañana por la mañana, al mirarte en el espejo, te encontrarás poco favorecida.

El tono de Marta Ambrose era amable.

Carol Lefever se cruzó de brazos, encuadrando y realzando el prodigioso busto. Sus desnudos pies buscaron las chinelas.

—Gracias, mamá. Es conveniente que Miller se de cuenta de lo cariñosa que es usted conmigo. En los círculos sociales de la familia D'Ambrose,

el buen tono exigía que ante una visita no se sacasen a relucir los trapitos sucios.

Marta Ambrose esbozó una sonrisa tolerante. Carol Lefever añadió:

—Si a una Ambrose le clavan un cuchillo junto al pescuezo, luego ante un extraño, se limitaría a exclamar: «¡Ay, Jesús, qué horror!... Qué descuidados son estos viles lacayos de la chusma populachera, vive Dios...».

—Cuando te parezca oportuno, Carol, explícale al señor Miller lo sucedido. En la mesita tienes el vaso de agua con tu sedante. Me llamarás si me necesitas.

Intervino Miller.

—¿Puedo solicitar su testimonio, señora Ambrose?

—Estaba en el piso alto, cuando oí el primer grito lanzado por Carol. Llegué, encontrándola tendida en este sofá, pero sin daño, aunque asustada. Y en posesión de todos sus sentidos. Me llamarás, si me necesitas, Carol.

Volvió ella a abandonar la sala.

Carol Lefever fue a la mesita, echándose en la palma de la mano dos píldoras azules.

Miller examinó, sin tocarlo, el puño del cuchillo que sobresalía en el respaldo, casi en el centro.

—Oiga, por si lo duda, es un cuchillo, Perry Mason.

—¿Lo tocó usted?

—No. Pero el que lo empuñaba llevaba puestos unos guantes blancos.

—¿Guantes blancos? Tendrá que avisar a la policía. Ahora bien, si quiere examinarme como detective, a lo mejor resulta que sirvo.

—Empecemos. Yo estaba aquí sola, con las luces apagadas.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—Las luces apagadas.

—Me encanta oír música mirando por la ventana abierta, hacia el jardín bajo la luna.

—Poética, pero mala costumbre para una persona amenazada de muerte por un lunático.

—Ya sé que usted piensa que soy una embustera. Pero yo no esperaba ningún ataque, puesto que usted mismo admitió que el lunático me anunciaba un aviso ante de rematarme.

—Estaba usted oyendo música.

—«Primavera», de Grieg. Sentada aquí, sin más ropa, porque la calefacción funciona siempre al máximo. Mi suegra es una cursi friolera. Me quedé medio adormilada. Pero abrí los ojos a tiempo. Vi una masa oscura, algo que bajaba como un relámpago... Chillé, chillé...

—Sus cuerdas vocales son excelentes, Carol.

—Por suerte. Lo que brillaba como un rayo, era este maldito cuchillo. Que bajaba hacia mi pecho. Vi muy bien el guante blanco.

—¿En qué mano?

—¡Yo qué sé! ¡Vaya pregunta más idiota!

—Depende del lado en que se está.

—Escuche, yo me arrojé a un lado, y seguramente por esto, se ha llevado la gran desilusión mi suegra.

Y desde que Earl está en la clínica, me tiene un odio selvático, si antes era civilizado su odio.

—Usted estaba adormilada. Vio una masa oscura. Un brillo. Una mano enguantada de blanco. ¿Quiere sentarse en el sofá?

—¡Sentada!

Miller, colocándose ante ella alzó la diestra.

—En la oscuridad, si vio la masa del agresor, vería también a qué lado surgía el rayo, el brillo. ¿Derecho, izquierdo?

—Usted es un gracioso, pero sin pizca de gracia. Después del susto, escapando por poco a ser apuñalada, me viene ahora con preguntitas del género cretino.

—Fíjese en que por ahora he sido cortés. ¿Se esfuerza mucho en ser tan simpática o le sale por naturaleza, Carol?

—¿Qué le importa? ¿Le he llamado yo? Cuando venga la policía, también llamaré gracioso y cretino al que me pregunte si el que quiso matarme se ponía «Brylcreem» en el bigote.

—¿Tenía bigote?

—¡Yo qué sé! En vez de tantas ceremonias, debería tratar de coger al lunático asesino. A todo eso, ¿a qué ha venido, Miller?

—También me despepita el claro de luna. Buenas noches.

—¡Hey! ¿A dónde va?

—A dormir. Avise a la policía. Y esperando, léase un manual de cortesía elemental.

—No sea majadero, Miller. Comprenda que tengo los nervios retorcidos.

—Dese una ducha tibia.

—Ande, sea bueno, y siéntese aquí, delante mío. —Prefiero a su lado, en la esquina opuesta.

Rió ella provocativamente, al reclinarsse de lado en el sofá.

—Me gusta usted cuando se enfada, Miller. Ya que ha venido, charlemos. ¿Le supo mal que le cantase unas verdades a mi suegra? Ya está acostumbrada. Nos entretiene mucho pelear.

—Ella no pelea.

—¡Eso es lo peor! Por más cosas que le digo para picarla, nada.

—Y es usted misma la que se mortifica.

—¡Ya salió el polígrafo, sicólogo y otras hierbas!

—Voluntariamente, exagera usted la vulgaridad, como a modo de reto a la sociedad. Nadie le reprocha haber vendido pitillos y flores.

—¡Oiga, oiga! ¿Cómo lo sabe? Era en el *cabaret* «Ric Rac», de Nueva Orleáns. Fue donde me descubrió Topper. Pero es estúpido que hablemos de todo eso. ¡Aquí está el cuchillo que querían hincarme! El lunático escapó. Pero quieren matarme. Yo necesito que se quede aquí hasta que amanezca. Luego me proporcionará dos escoltas.

—Ya le proporcioné uno, Carol. De momento, se agotó el personal disponible.

—Cuando sonrío así es usted arrebatador, Miller. Esta noche ya no podré pegar ni una pestaña. A lo mejor, vuelve.

—Las tiendas están cerradas. No podrá comprar otro cuchillo el del guante blanco.

—¿Por qué se toma a broma todo lo que me pasa?

¡Han querido matarme! Y mi suegra no me dio ni un vaso de agua.

—Ya ha bebido usted. Y su suegra se ocupó primero de comprobar si sufría usted daño. Mi consejo es que llame a la policía.

—Ya que está usted aquí, me conformo. Casi diría que prefiero su compañía. Me siento amparada.

Miller apartó la vista de la actriz. Mientras examinaba el amplio salón, pensó en una gata experta tratando de arrancar maullidos a un minino esquivo.

Se acarició súbitamente la nariz.

Acababa de ver la puntera de un zapato masculino. A ras del suelo. Junto a la ventana. Sobresalía bajo el grueso y corrido cortinón de hermoso color sangre.

CAPÍTULO V

—¿Le pica la nariz, Milton? —ronroneó Carol Lefever.

—Es un tic como otro cualquiera, cuando intento concentrarme. Si me dejase usted unos minutos a solas, examinando esta habitación, y sin que su apabullante presencia me distraiga, tal vez encuentre huellas.

—Los asesinos ya no siembran botones, cabellos ni colillas. Leyeron mucho novelón policíaco. Pero yo respeto siempre los caprichos ajenos, Milton. Si satisfacen los míos, ¿sabe?

Levantándose, se desperezó ella innecesariamente. Cuando se lo proponía rebosaba voluptuosidad prometedora, pensó Miller.

—Voy a ver lo que cuentan los lacayos y marmotas. ¿Le bastarán cinco minutos?

—Sí.

Dirigiéndose a una puerta, manifestó ella:

—Vaya pensando en mi oferta. Cien dólares por día, si me protege personalmente.

A solas, Miller, aguardó unos segundos. Seguía esquinado en el sofá cuando dijo:

—Se acabaron las memeces, mano enyesada, espéreme en mi coche.

Roscoe Evans no miró siquiera y desapareció, por la terraza.

Miller rodeaba, con un pañuelo el mango del cuchillo y lo extrajo con esfuerzo de su funda provisional, la punta se había mellado al incrustarse en la madera del armazón. Fue hacia la cortina. En la alfombra no había huellas delatorias.

A su espalda, Carol Lefever aproximándose, comentó:

—El sabueso en acción. Han pasado solamente tres minutos, pero las caras largas me dan fatigas. Nadie sabe nada. Todos

hubieran cantado jubilosamente en mi funeral. Mi suegra ha vuelto a su trono nocturno. Estoy casi segura que duerme tiesa.

—¿Qué hacen por el jardín?

—He dado orden a los siervos varones para que monten la guardia en el jardín. ¿Qué órdenes me da usted, Miller?

—No avise a la policía hasta que averigüe yo la procedencia de este cuchillo. Haga cerrar puertas y ventanas. Mañana llámeme a las diez por teléfono. Repítame la oferta de los cien, y seguro que la agencia consentirá en que le remitan como escolta a su rendido admirador Milton Miller.

—Pero ¿es que se va ahora?

—De noche, duermo.

—¿A qué vino?

—A husmear. Ya sabe que soy gorila híbrido de sabueso. Llegué un minuto tarde, pero celebrando verla viva y siempre fascinante.

—Puede dormir aquí. Sobran camas. Estaría más segura.

—Mañana, cuando Coleman, su abogado, me traiga las firmas, disponga de mí en cuerpo y alma, Carol.

—Usted estará muy acostumbrado a ver puñales, y tratar con candidatas a cadáver, y por eso se lo toma tan alegremente.

—Avise a la policía.

—Lo haré. Voy a llamar al comisario. Pero querrá saber por qué ha venido usted.

—Dígale que vine preguntando varias cosas, que no pregunto. Lo primero y más importante ahora, es atrapar al dueño del cuchillo. Buenas noches.

—¿Usted cree que son buenas noches? Si fuera humano, se quedaría aquí —y, aproximándose parecía ella buscar protección—. Tengo miedo. Nadie me quiere. No tengo un amigo en quien poder confiar... en cuerpo y alma.

Turbado por la proximidad insinuante, rezongó Miller:

—Soy su amigo y quiero conservar la mente clara. Dejé un encargo en el hotel. Voy allá. No tardo ni media hora en regresar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Espero. ¿O voy con usted al hotel?

—No. Espere aquí. Lleva un pijama que tumba de espaldas. Y no tengo tiempo de aguardar a que se mude.

—¿Me echo un abrigo?

—Está más segura aquí. Hasta ahora.

Abandonó Miller apresuradamente la estancia. En el jardín una sombra volvió a fundirse tras un arbusto, al reconocerle. Dijo Miller:

—Dentro media hora, vuelvo. Dejen la verja abierta.

En el coche, al empuñar el volante, manifestó:

—No le suponía tan truculento, Evans.

Echado el sombrero sobre la nariz, reclinada la nuca en el respaldo, Evans replicó en tono comedido:

—A no ser por la mano enyesada, no hubiese fallado. Quizá sea preferible que no me ensucie las manos matando a esta... esta...

—Circe.

—¿Cómo dice?

—Circe, la diosa pródiga en belleza y experiencia, que convertía en cerdos a los varones. Digamos en animales privados de la facultad de razonar sensatamente.

—No estoy para mitologías ni monsergas, Miller.

—Se comporta como un nene con rabieta, Evans. La policía encontrará muy pronto la relación entre lo que cree Carol que son guantes blancos, y su mano escayolada. Palta usted del hotel, desde después de la cena.

—Lléveme a la comisaría y terminemos ya.

—Intento de homicidio, si usted mismo lo confiesa. Puede que le pasen una factura de rejas por unos meses, pero perderá la licencia.

—No quiero su compasión, Miller.

—Ni me la inspira. Pero voy a dejarle en el hotel, y aguarde los acontecimientos. No lo hago por usted, y lo sabe de sobra. Esta tarde en su piso dijo usted algo referente a un pueblo de la sierra.

—¿Qué tiene que ver ahora?

—Un pueblo, donde su esposa, me empezó a considerar como un padre o un hermano, al quedarse huérfana. Y yo cuando se trata de ella, soy de pueblo.

—Por eso mismo, porque ella es de pueblo, no tengo valor para confesarle que otra mujer se burló de mí. Han sido unos días infernales. Ya he comprendido que ella me empleó por monigote.

—¿Cómo?

—Ayudándola a provocar un escándalo que obligase a Ambrose a divorciarse. Tuvo la desfachatez de explicármelo allá en la playa

de Can Clemente. Me dijo que Ambrose no se divorciaría de ella, salvo si la humillación fuera como la que... está pasando en la clínica. Mujeres así no merecen vivir, Miller.

—Razón de más para que usted no remache su imbecilidad, con un acto irreparable. ¿De dónde sacó el cuchillo?

—En uno de los fumadores del hotel hay panoplias.

—Tome. Colóquelo donde estaba. Mañana pida la cuenta y visite al comisario. Dígame que yo le envié al hotel a seguir la pista de un tal James Leyland. No está en San Diego. Posiblemente los Ambrose retirarán su demanda de querella. Vaya a las once de la mañana al comisario.

—¿Algo más?

—Después, regrese al lado de la chica del pueblo de la sierra. No fabrican ya esposas como ella. A propósito, tiene usted una carta. Me lo dijo el conserje.

—¿Por qué no viene conmigo y leemos juntos la carta? Al punto en que estamos ya de intimididad...

—También es verdad. Pero no me hace falta leer la cartita. ¿Quién le escribe al Grover? ¿Y urgente? La chica de pueblo.

—Ella no sabe que estoy aquí.

—No era mudo ni insensible el chófer de taxi. Y ahora supongo que se contentará con el susto que le dio a Carol, ¿no es cierto?

—Hay preguntas inocentes, Miller.

—Baje del coche, Evans.

Roscoe Evans abrió la portezuela. Adelantó una pierna.

—Pase lo que pase, Berta no se merecía que yo me comportase así con ella. Dígaselo, Miller.

—Dígaselo usted. Eso es lo que ella desea oír. Trate de pensar con claridad. Confundió primero deseo carnal con amor. Después se sintió muy ofendido. Y ahora lo único que le mortifica es que Carol le emplease como el percutor de disparo para el divorcio al cual hasta ahora se negaba Earl Ambrose. Explíqueme todo a Berta, menos lo del puñalito. Y en otro Estado, con su licencia y un certificado, la vida seguirá su curso. No me llame predicador.

Fuera del coche, mirándose la mano enyesada, preguntó Evans:

—¿Va usted a servirle de escolta a la individua?

—Carol es una desgraciada y usted fue un pollino. Lo suyo puede ser pasajero, Evans. Lo de ella es incurable.

—Sería curioso que me convenciese, Miller.

—Lo curioso sería que usted no fuese lo que parece ser. Lo que hemos de saber ser. Buenos conductores a tiempo. Tras la torpeza, saber dar media vuelta, y evitado el bache, evitemos las zanjias mortales.

—Buena gente la de su pueblo de la sierra, Milton.

—Eso dicen. El mejor ejemplar pudo perderlo. Su mujer.

—No tengo el alma enyesada, Milton. Usted gana.

—Ni usted ni yo. Berta.

Milton Miller viró, reemprendiendo el camino hacia el chalet. En su cuarto del hotel releyó Roscoe Evans:

«No puedo resignarme a una separación tan inesperada. Si no quieres darme ninguna explicación, tampoco yo te la exigiré. Pero no es propio de tu carácter dejarme abandonada.

»Te esperaré toda esta noche. Si al amanecer no has venido, no serán precisos trámites legales que te permitan ser libre. Yo misma te concederé, con mi renuncia a vivir, la libertad. Y el remordimiento.

»Antes de consultar a Milton Miller, escribo estas líneas. Él no te quitará la licencia.

»En mí nada ha cambiado. Sigo siendo tu fiel amante,

»*Berta*».

CAPÍTULO VI

Tras dar al chófer la dirección de un selecto club de noche, Luana Graham miró de nuevo con curiosidad a su flemático acompañante.

—Tiene usted un oficio muy extraño, señor Clintock.

—Llámeme Carter, señorita.

—Entonces llámeme usted Luana.

—Como corresponde a un abuelo.

—Lo dijo Max, ¿sabe? No se ofenda. Tiene usted una planta juvenil que para sí quisieran muchos jóvenes viejos por dentro. ¿Conoce al club al cual vamos?

—Hará cosa de un año escolté a un príncipe mahometano. Quiso visitar el «Mikes». ¡Vaya nohecita! No la cuento porque es usted menor de edad.

—¡Cuenta, cuenta!

—El príncipe, vestido como en su tierra y no dominando nuestro idioma, quiso saber lo que le decía la cantante. Traduje a mi modo, porque la muchacha invitaba al príncipe a quitarse el albornoz. Lo malo es que bajo el albornoz, el príncipe solamente llevaba un *slip*. Tenía mucha sed atrasada, y se inflamó persiguiendo coristas. Yo me veía obligado a correr detrás suyo...

Cuando el coche se detuvo ante la escalinata del «Mikes», Luana Graham seguía riendo. Cogiéndose familiarmente del brazo de Clintock.

—Esta noche dan una fiesta especial. Entrada rigurosamente prohibida. Tengo dos invitaciones.

Los reporteros dispararon sus focos. Un locutor tendió el micro. A cada lado del cordón policial se apiñaban los hinchas cineastas.

Clintock examinaba con benevolencia aquel ruidoso espectáculo. Oía:

—... y nuestra gentil damita Luana, viene acompañada por un caballero respetable. ¿Unas palabras, señor?

Miró Clintock el disco metálico que ante sus labios colocaba el locutor. Dijo:

—Un saludo a la afición. Mi nieta es la mejor chica en la pantalla y fuera de ella.

Restallaron silbidos y aplausos de aprobación. Un individuo de frac blanco se precipitó al encuentro de Luana Graham.

—Bienvenida, Luana. La llevaré a su mesa. Va a ser una noche fantástica, excepcional.

El zumbido de las conversaciones formaba un ambiente acoplado a la sordina con que alternaban varias famosas orquestas.

En el centro de la pista, estaba la larga mesa tribunalicia.

Cuando hubieron ocupado sus asientos, expuso Luana:

—Supongo que conoce al que nos ha instalado.

—Ni la más remota idea.

—¡Es Rufus Lord!

—¿Y ése, quién es?

—El maestro de ceremonias más solicitado. No tiene igual para preparar fiestas.

—Si todas las noches se da usted estas fiestas, terminará el año agotada.

—Es que esta noche conceden los premios a las mejores interpretaciones del mes, según votación de los artistas.

Las personalidades más conocidas del cine se habían congregado en el local.

Clintock calculó mentalmente que de cada cinco asistentes, uno al menos, tendría que ser transportado en brazos. A menos de poseer la resistencia estomacal de un camello para ingerir líquido.

Con la diferencia que el camello bebía agua.

Se hicieron los discursitos de rigor, con la falsa emoción habitual. Aplaudieron a la pareja triunfante, se retiró la mesa central y empezó el baile.

De mesa a mesa se intercambiaron las críticas más despiadadas.

Un individuo rechoncho, de grandes ojos saltones, vistiendo un *smoking* de terciopelo, se aproximó a la mesa ocupada por Luana y su escolta.

Susurró ella en voz baja:

—Es el fastidioso de Joey Burns. Habrá bebido más de la cuenta, y se pone pesadísimo.

Joey Burns, el productor, se llevó los gordezuelos dedos a la golosa boca, lanzando un beso cuando ya estuvo ante la mesa.

—Divina, divina. La florecita silvestre, con todo su puro aroma. Hazme el honor de bailar conmigo.

—No bailaré contigo, Joey. Me bastó una vez. No quiero volver a estropearme las uñas.

Los ojos saltones dejaron de ser risueños.

—No me ridiculizarás por segunda vez, Luana. He apostado con Marilyn que somos amigos.

—Somos amigos, pero tú y Marilyn no rae apreciáis.

—A lo mejor, tu acompañante te prohíbe bailar. Eres muy jovencita para presentarte con elegantes ancianos, Luana. ¿Dice usted algo, respetable señor?

Clintock sacudió en el aire el índice, en ademán negativo.

Joey Burns sabía que desde una mesa próxima, Marilyn Parker le estaba acechando.

Tenía una enfermedad: el angustioso temor de ser considerado grotesco. Sentándose, dijo:

—Creo que Mullins nos quiere reunir en su casa. Tienes que ir, Luana. No puedes negarte a la invitación de Mullins. ¿Dice usted algo, respetable señor?

Replicó Clintock, suavemente:

—Nací sordomudo. La pena es que no es contagioso.

Sonrió Burns, abultando los labios. Resultaba repulsivo.

—Mullins quiere contratar a Marilyn para tu próxima película. Será en el guión, tu ritual en amores. Deberíais fumar la pipa de paz.

—Yo no estoy reñida con Marilyn. Es ella la que no me puede ver.

—¿La llamo?

—¿Por qué no?

Burns hizo un gesto invitante. Un camarero estaba depositando un cubo donde las servilletas encapuchaban cuatro frascos de champaña.

Una rubia sinuosa, con vestido de noche escamado en verdad sobre fondo negro, se aproximó apoyándose en el hombro de un

atlético y alto muchacho.

—Hola, Luana y compañía —dijo, con monótono arrastrar de palabras—. Éste es Beby. Saluda a la estrella de moda, Beby.

El componente del equipo por entonces campeón de pelota base, sonrió con euforia de espíritu alcohólico:

—¡Hola, caramba, hola! Soy Beby. Tenemos que celebrarlo. Échate a un lado, Joey. Esta nena es preciosa. Y de cerca, está insuperable.

—Ya está bien, Beby —atajó Marilyn Parker.

Sentada entre el deportista y Joey, frente a Luana y Clintock, añadió mirando al escolta:

—¿Dónde le pescaron, abuelito?

—Es sordomudo —manifestó Burns, sacudiéndose con fastidio la espuma que Beby le prodigó al descorchar un frasco.

—Mejor para él. ¿Qué tal, Luana? No pareces divertirme, querida.

—Tampoco tú, cariño.

—Mullins quiere que formemos el triángulo amoroso con uno a elegir entre Ric Chandler, Jim Morris y Chester Gaunt. Por mí, prefiero a Morris. Pero como tú estás enamoradísima de Chester...

Luana apuró una copa. Un rubor asomó a sus mejillas. Desventajas de no usar mascarilla facial, pensó Clintock.

—¡Hola, caramba, hola! Soy Beby. Tenemos que celebrarlo...

—Este chico todo lo quiere celebrar. Estás borracho, Beby.

—Me ofende quien lo dude. Y si Chester pretende acaparar a esta pochez de criatura, tendrá primero que pasar por encima del cadáver de éste, antes de que...

—Vienes conmigo, Beby, ¿sabes?

El deportista lanzó un gemido, agachándose para sobarse con mimo el tobillo alcanzado por un punterazo de Marilyn.

Burns sonrió beatíficamente.

—La noche se anuncia sabrosa. No puedes esquivarte, Luana. Cuando Mullins se levante, todos corriendo tras él, como ovejitas. Y ya sabes que si no vas, Mullins te pone el veto. Pesa mucho Mullins.

—Ciento dos kilos —manifestó Marilyn.

Parecía muy fatigada o superaburrida, pensó Clintock.

—Veamos, veamos, caramba... ¿Cómo sabes con tanta exactitud lo que pesa Mullins? —preguntó Beby solemnemente.

—Hay celos desplazados, ¿verdad, abuelito? Usted no ha

rechistado por ahora, ¿o es que se conforma a que Luana quiera con amor imposible a Chester Gaunt? Claro que a sus años, usted posee la única cualidad de los carcamales: la elegante tolerancia.

—Dices cosas desagradables, Marilyn —reprochó Luana.

Estaba bebiendo su quinta copa. Clintock conservaba intacta la suya.

—¿Soy desagradable, abuelo? —inquirió Marilyn.

—Gana mucho con la boquita cerrada, puesto que me pregunta mi opinión.

—Las verdades nunca deben ofender a personas inteligentes. Si Luana ama a Chester, no va a negarlo.

Mullins ha citado a Chester. Estará en la fiesta en casa de Mullins.

—Son juergas originales. Sabemos cómo empiezan, pero nunca se sabe cómo van a terminar —dijo Burns—. Oído al redoble, tropa. Mullins inicia la retirada. ¡Nos veremos allá!

El trío se alejó. Luana miró atentamente el fondo de su copa vacía.

—No tengo más remedio que ir, abuelo. Oh, perdone...

—No hay de qué.

—Tengo que ir, ¿sabes? Se enfadaría Mullins si no iba. Tiene mucha influencia. Además, si él me dirige, es como si dijéramos, la consagración definitiva. Es un gran genio.

En el coche, explicó ella:

—Mullins tiene un palacete a cinco millas, al norte. Algo romano, con piscina también romana. La llaman Triclinius. Dice Max que no debo ir a esta casa, pero como usted me acompaña... Eso sí, no me deje ni un minuto sola.

—Para eso cobro, niña.

—Presiento que Marilyn y Joey van a buscar el modo de hacerme quedar mal. ¿Oyó lo que dijo ella de Chester? Chester es un buen chico, y quiere a Liza. Yo no soy de las que se divierten quitándoles el novio a las compañeras.

Aspiró ella aire, al bajar Clintock las dos ventanillas.

—Un hermoso paisaje. La luna... —Y Luana se estremeció.

El aire empezaba a actuar de antídoto contra el exceso de champaña, bebido acaloradamente.

—No me gusta hablar mal de nadie, Carter, pero Marilyn es

perversa. Y Burns es un mal bicho. No digo más.

Delante, en el «Cadillac» último modelo, propiedad de Beby Trevor, éste, al volante, volvió a preguntar:

—¿Por qué, caramba, no me dejáis pisar el pedal?

A su lado, explicó Burns:

—Estamos esperando a Max.

—¿Y quién es Max, caramba?

—Un guionista. Le ha telefoneado Marilyn.

—¿Ah, sí? Oye, Joey, en confianza... ¿Cuando llegue ese Max he de ponerme celoso?

—Max es sólo un guionista.

—Ah, bueno... O sea que deduzco que los guionistas no le gustan a Marilyn. Y eso que le gustan todos los varones entre quince y setenta.

—Idiota —rezongó la aludida—. No soy sorda, ¿sabes?

Max Holden se acercaba. Atendiendo a la señal de Marilyn se sentó atrás, junto a ella.

—¡Adelante, Beby! Pisa, morena —canturreó Burns.

—¿Tan importante es la reunión? —quiso saber Holden—. No entendí bien lo que me decías, Marilyn.

—Mullins ha organizado la fiesta a la que vamos.

—¿Mullins? Un sádico que os emplea a todos como cobayas. Os hace beber, os hace disparatar, y sigue tan impasible mondándose por dentro.

—Luana nos sigue.

—Luana no es como nosotros. Sabe apartarse de estas estúpidas orgías, donde en vez de alegría, el alcohol os produce náuseas de vosotros mismos. Me incluyo, me incluyo.

—La verás allá. La acompaña un anciano muy atractivo.

—¿Y por eso me has llamado?

—Hay más. También está invitado Chester Gaunt. Debes sufrir mucho, Max. Ya lo dicen las novelas. El mundo gira en torno siempre del mismo eje: John quiere a Joan, pero Joan a Jim, y Jim quiere a Mary...

—Dile a este loco que conduce que se fije más en los virajes.

—No hay peligro. El coche está asegurado, caramba —afirmó Beby.

El palacete romano, de mármoles y columnatas, con balcones en

comisa sobre la playa, era mudo testigo de muchas orgías. Allí, el puritanismo refrenado de los primeros pobladores, se desfogaba en sus descendientes.

Jock Mullins, británico, bebía mucho sin acusarlo. Palmoteo la mejilla de Luana. Sin equívoco.

—Trataremos de hacer algo bien hecho, niña. En aquel estante, encontrarás el guión. Puedes hojearlo y me dirás lo que opinas. Estaré por la piscina.

Luana empezó a devorar con avidez el libreto. A su lado, Clintock no acababa de digerir el decorado.

Estatuillas de alambre parecían a punto de elevarse en vuelo sobre mesitas negras, macizas. Los taburetes parecían setas rojas. Contra las paredes salpicadas por chorros multicolores, había cuadros intrigantes.

Planteaban el problema de acertar si estaban colgados al revés.

Entró un individuo apuesto, de elegancia natural. El libreto tembló en las manos de Luana.

—Hola, Luana. Me ha complacido mucho la noticia. Tenerte de pareja me agrada.

Chester Gaunt, el actor que acaparaba la atención femenina del momento, vino a sentarse al otro lado de Luana. Miró a Clintock:

—Es mi... abuelo, Chester.

—Tanto gusto, señor. Celebro que la acompañe. Estas fiestas son poco aptas para su nieta. Dice Mullins que el guión es bueno. Quisiera decirte algo, Luana, pero así, ahora...

Clintock, levantándose, se encaminó hacia uno de los cuadros. Permitiría hablar a la pareja confidencialmente. Y a la vez saldría de dudas.

¿Aquel cuadro representaba una sandía entre blondas o era un balón de *rugby* caído en una fuente con natillas?

—He reñido con Liza —susurró Gaunt.

—¿Sí? Qué pena —musitó ella, sintiendo una intensa satisfacción.

—Era una buena chica, pero empezó a ponerse pesada, asegurando que tú y yo...

Clintock seguía pasando revista a las estrambóticas pinturas. Tampoco le importaba saber si el dúo amoroso pertenecía al guión o era espontáneo.

Pero no tuvo la menor duda, cuando se abalanzó con prodigiosa elasticidad.

Chester Gaunt se palpaba el rostro, tambaleándose.

Luana Graham dedicaba insultos infantiles al hombre que, en vano, intentaba librarse de la sólida llave con la que Clintock le sujetaba las muñecas tras la espalda.

El pañuelo de Luana restañaba la sangre que destilaba la griega nariz de Gaunt.

—Un ataque algo desleal, ¿no, compadre? —Calificó Clintock.

—Suélteme, bestia —resopló Max Holden—. Su deber es proteger a Luana, y no permitir que un mentecato se propase con ella.

—Le suelto, pero no vuelva a las andadas, o tendré que enfadarme.

Liberado, Holden se frotó las muñecas.

—¡No quiero verte nunca más! —chilló Luana—. ¡Te odio, Max!

Fue el momento anhelado por Marilyn Parker.

Apareció en bikini, seguida por Burns y Trevor, en *slip* de baño.

—Parece que le sangra la nariz a Chester —aseguró ella.

—Le sangra, caramba, le sangra —admitió Beby Trevor, convencido—. Un verdadero tomate aplastado.

—¿Qué pasó aquí? —Simuló pregunta Marilyn.

—A la vista está, ¿no? —reía Burns.

—Vamos a bañarnos, caramba, ¿o no vamos a remojarnos? Al agua, patos, digo yo, caramba.

—¡Fuera, piara! —rugió Holden encolerizado.

Trevor empujó a un lado a Burns. Se puso en guardia pugilística.

Luana Graham llevando de un codo a Gaunt, salió de la estancia, seguida por Clintock.

Trevor removió los puños en el aire, retando a Holden:

—¿Un poco de ejercicio antes de bañarnos, caramba?

—Nos llamó cerdos —azuzó Marilyn.

—Pues no me enteré. Razón de más para bañarnos, verraca impúdica —rió el deportista.

Marilyn abofeteó a Beby Trevor, yéndose furiosa. Joey Burns comentó:

—Sigue así, Beby. Te van a dar más tortas que a un payaso.

—A medias, entonces, como buenos amigotes.

Beby Trevor asestó una bofetada que lanzó a Burns contra una estatuilla. Y exclamó alegremente:

—¡Ojo con el mobiliario, caramba! ¡Al agua, patos! ¡Cuá, cuá!
Max Holden abandonó la sala.

En otra, el hielo y las compresas amenguaban la hinchazón del perfil del actor Gaunt. Mullins comentó secamente:

—Max Holden, cerebro verle tan atlético. Puede dedicarse a lo que sea, menos a escribir en los Estudios. Sabe que haré lo imposible para que su carrera como guionista no prospere. Le hundiré.

—¡Al diablo con usted, Tiberio de pacotilla!
Max Holden se fue.

Desdeñoso, Mullins contabilizó:

—Me cuesta usted más dinero que un niño tonto, Gaunt. No podrá filmar hasta dentro de una semana. ¿Es que no pudo esquivar los puñetazos?

—No le vi llegar. Se echó encima. Yo estaba de espaldas. No me di cuenta.

Clintock hubiera podido aclarar que un hombre besando con sincero fervor, no se daría cuenta aunque irrumpiera una manada de búfalos.

Luana Graham tampoco quiso explicar la razón por la cual el apolíneo héroe de la pantalla grande, no pudo esquivar la agresión.

Actuaba ahora como solícita enfermera.

Complacida oyó a Chester Gaunt proclamar que, al feliz término de la película, se casarían.

Volvieron a leer el guión juntos.

Carter Clintock dormitó.

No pudo reaccionar cuando contra su cráneo, estalló en cristalino destrozo, una botella vacía.

CAPÍTULO VII

Otto Glance miró maquinalmente su reloj. La hora era la reglamentaria de relevo. Las nueve.

—¿Dónde estuviste metido, Milton?

—En el chalet de Carol Lefever. Jugamos al póker hasta las tres de la madrugada. Luego dormí en el sofá. ¿Ha habido novedades?

—¡Que si ha habido...! ¿Oyes, Jenny? Nos pregunta que si ha habido novedades. Formidable. ¡No quiero café! Tengo ya los nervios alborotados lo bastante.

—No es tu culpa, monín.

Milton Miller asestó una palmada en la mesa.

—Atención, tórtolos. Dormid más por la noche y estaréis menos gelatinosos por las mañanas.

—Nuestro deber... —empezó a decir Glance.

—¿Conyugal? Al grano, chica.

—Cuéntaselo por orden a Milton, vidita.

—A las once y media nos visitó Luana Graham.

—¿La estrellita?

—La misma. Nos entregó este sobre depositado en el buzón 303. Contiene una revista de bolsillo, con letras...

—Y círculos trazados con tinta.

—Exacto. Y decía..., ¿qué decía, Jenny?

Tendió ella un folio mecanografiado. Leyó Milton Miller.

Otto Glance, paseando arriba y abajo, explicó:

—Nos pidió un gorila. Elegimos a Carter. Él te contará la cosa mejor que nosotros. Tengo sueño.

—¿Dónde está Carter?

—En tu despacho.

Un vendaje le formaba un casco blanco a Clintock, desde la

coronilla a la nuca. Hondas ojeras sombreaban sus párpados inferiores.

—¿Qué pasó, Carter?

—Un botellazo. Derribaron a la vez la única lámpara de mesa. Nada vi, nada sé.

—Magnífico. ¿Algo más?

—Desde las dos y quince de la madrugada hasta las seis y pico estuvieron los sabuesos del teniente Malcom trabajando en la casa romana del director Mullins. Tienen una pista. Pero la pobrecilla murió.

—¿Luana Graham?

—No quiso ir con Gaunt a la piscina, cuando él quiso discutir una escena con Mullins. Se quedó sola. A mi lado. Pero yo sigo con vida, simplemente con siete puntos de sutura. Recuperé el sentido cuando ya llegaban los dos coches de la policía.

Miller, tras quitarse la americana, se aflojó la corbata.

—Es un fastidio que se dejase sorprender, Clintock.

—Tengo veinte años de experiencia, jefe. No había puerta ni ventana a mi espalda. Malcolm reconstruyó el camino seguido por el asesino en su ida y vuelta.

Palpándose la nuca amorosamente, prosiguió Clintock:

—Se coló por el pasadizo de la playa. Conocía un acceso especial a la biblioteca de Mullins. Una estantería falsa que gira sin ruido. Por esto pudo romperme una botella en la cabeza.

—Era pues alguien que conocía bien la casa.

—Volvió a marcharse por el mismo pasadizo. Tiene que ser forzosamente un loco o un sádico.

—¿Por qué?

—He visto algunos cadáveres. Soy poco impresionable. Pero esa chiquilla quedó atrocemente... Será quizá porque era una chiquilla... Lo cierto es que tardaré en olvidarla... Es poco la cámara de gas para el asesino, jefe.

—Necesita un buen reposo, Carter. ¿Lleva el asunto el teniente Malcolm?

—Sí. Por lo menos, es de los competentes.

El teniente Malcolm de la Brigada de Homicidios, distrito norte, era competente, pero latoso, según sus propios adictos.

Hablaba con lentitud, como pesando mucho cada palabra.

—Le esperaba, Miller. Estuve a las ocho con Glance. No se le puede reprochar nada a su gorila. Desconocía la entrada folletinesca.

—No les pedí detalles a mi personal, teniente.

—Puedo darle los necesarios. Cuando llegué, se esforzaban por disimular que estaban borrachos, un productor, Joey Burns, una actriz, Mary Parker, y un bateador cretino, Beby Trevor. Llevaba la voz cantante, el dueño de la casa, el director Mullins.

Colocándose las gafas, miró Malcolm una hoja mecanografiada.

—En un sillón se desparramaba Carter Clintock, con una brecha en el cráneo. Por suerte, le taponó la hemorragia el director Mullins. Al lado, en el suelo, estaba Luana Graham, muerta.

—¿La luz...?

—También en el suelo estaba caída la única lámpara encendida al ocurrir los hechos, según declaró después Clintock.

—¿En la botella rota...?

—Sangre de Carter Clintock y cabellos blancos del mismo. No había en toda la casa ni contornos la menor huella aprovechable.

—¿Cómo mataron a Luana?

—Degollada. Un cuchillo muy cortante, según informe forense. Desapareció el cuchillo. Todos con su coartada. Estaban en la piscina.

—¿Algún móvil?

—Poco antes, un guionista, secretario gratuito de la asesinada, pegó a Chester Gaunt al sorprenderle abrazando a Luana. Y Max Holden, el guionista, le anunció claramente a Glance que estaba perdidamente enamorado de Luana, pero que ella no le hacía ni caso.

—¿Detuvo a Holden?

—Llegó a su estudio particular a las seis de la mañana. Como un alucinado. Reconoció que Mullins le echó de la casa, jurándole que era un hombre acabado en Hollywood. Admitió haberle pegado a Gaunt. Hablaba como si estuviera borracho, pero no tenía un centilitro de alcohol en las venas. Le entró un arrebató furioso, cuando le mencioné el cadáver de Luana.

—¿Ha confesado?

—Incoherentemente. Pretende que entre dos y seis recorrió la playa. Cinco millas de arena y pedruscos. Llevaba los zapatos

bastante deteriorados. Todo parece encajarle a él la muerte de la chica.

—Menos esto.

Miró Malcolm el sobre que tendía Miller.

—¿La revista de marras? Me la enseñó Glance. Gracias por haberla traído. La adjuntaré al atestado.

—La teoría será entonces que, en un ataque de celos, Holden mató.

—¿Quiere mi opinión particular? No son gente corriente. Tienen reacciones y pensamientos fuera de lo común. Pura gentuza lunática. A mí que me den criminales con honradez profesional.

—¿Podría hablar con Holden?

—A usted, le concedo siempre privilegios. Están interrogando por turnos a Holden, pero daré orden que se lo dejen solo.

Max Holden, en mangas de camisa, sin cordones en los sucios zapatos, febriles los hundidos ojos, trataba de encontrar una posición cómoda en sus antebrazos, para la dolorida cabeza.

Milton Miller sentóse al otro lado de la mesa empotrada en el suelo de baldosas.

Max Holden alzó la frente, descansando la barbilla en sus antebrazos apoyados sobre la mesa.

—No la he matado. Destruirla era destruirme. Hubiese matado a gusto a Gaunt, a Mullins, a cualquiera de ellos. Son una piara. Ella no debió ir allá. No la he matado.

—Tengo copia de cuanto le declaró a Otto Glance.

—Yo mismo aconsejé a Luana que contratase protección. Estaba seguro de que no trazaron círculos negros por diversión.

—¿Sospecha de alguien en concreto?

—Joey Burns pudo aprovecharse de mi pelea con Gaunt. La propia Marilyn odiaba a Luana. Hay rencores artísticos que superan todo freno convencional... De todos modos, ya nada importa. Ella está muerta.

—Con declarar dónde tiró el cuchillo, le dejarán tranquilo, Holden.

—Me lo han preguntado ya un centenar de veces. Lo tiré al mar.

—¿Dónde?

—¡Al mar! La vasta mar, el extenso océano. En cualquier sitio, desde cualquier roca. Un paseo sin meta ni fin.

—¿Por qué?

—Acababa de perder dos frágiles esperanzas: ser alguien, para que ella pudiera verme. No me veía como hombre. Para ella, yo era el que sabía contestar cartas. El que sabía dictar dedicatorias breves y jugosas.

—Usted conocía la existencia de la estantería giratoria.

—Por allí se sorprendían a muchos tórtolos arrullándose. Indecorosamente. Una diversión para ojos aburridos.

—Está haciendo trabajar a tres funcionarios inútilmente, Holden.

—Créame si le juro que soy el primero en lamentar la causa originaria. Yo no he matado a Luana... ¡Por los clavos de Cristo! Traten de comprender que nadie mata lo que es su única ilusión.

—Al perderla, sí.

—Reitero que nada ni nadie devolverá la vida a Luana. ¿Quieren que yo sea el culpable? Conformes. Hay una pega. Se darán cuenta que cometen un error conmigo, cuando aparezca degollada otra actriz.

Alguien entró, diciendo:

—No se mortifique más, Holden.

Era amable el tono del teniente Malcolm.

—Dos pescadores de pulpos estaban tanteando grietas con sus garfios. En la roquiza por la bajamar. Le vieron a usted, tumbado boca abajo en la arena. No tienen la menor vacilación en señalar la hora. Quince minutos antes que matasen a Luana Graham. Y permaneció usted allí casi una hora. Queda libre, señor Holden.

Fuera, Miller aguardó la salida de Holden. Señalando su coche, invitó:

—Le llevo a su casa.

—¿Usted quién es?

—Milton Miller, de la Agencia Pro-Guard.

—Ya... Protegen y dan guardia al féretro de sus clientes. Ironía tosca, pero así me evito insultar y acusar a los demás.

—El escolta no pudo impedir lo sucedido.

Alorado, como si la luz del sol le deslumbrase, Max Holden entró. Sentándose junto al volante, comentó:

—Una coartada casual y quedo libre. Esto no demuestra que todas las coartadas sean infalibles.

—Cinco personas no pueden ponerse de acuerdo, cuando la complicidad sea para encubrir un asesinato.

El director Mullins no es de los que encubren a nadie. El y Gaunt, responden por Burns, Trevor y Marilyn.

—Cuando aparezca otra revista con aros negros, vigilen mejor. Si el asesino apunta a las estrellas y la luna, tiene que ser forzosamente un loco.

—O quiere dar esta impresión.

—Eterno problema. ¿Cuál es la frontera entre la excentricidad y la demencia? Déjeme allí mismo, en aquella cafetería. Es triste reconocerlo, pero la materia es exigente. Ninguna pena del alma persiste si duelen las muelas o se tiene hambre y sed.

—Intente meditar en la posibilidad de que el asesino no sea un lunático. Sino alguien que tenga motivos fundados para odiar a actrices como Luana Graham y Carol Lefever.

—¿Carol? ¿Qué tiene que ver ella?

—También la han amenazado con el mismo procedimiento empleado para Luana Graham.

—Tiene que ser un lunático... Elige víctimas tan opuestas, tan diametralmente antagónicas como Luana y Carol...

Bajó Holden del coche. Sin despedirse, entró en la cafetería.

* * *

En el despacho de Miller, el abogado Mose Coleman exhibió su mejor sonrisa.

—He estado esperándole con una grata noticia, Miller. Nos avenimos a una amigable componenda. Mi cliente retira su querella.

—Lo celebro. Ponga conferencia con la comisaría de San Diego. Para que cuando se presente Roscoe Evans, le comuniquen que ha de limitarse al pago de cartas por muebles y daños.

—Ante mi insistencia, todo resuelto amistosamente.

—Seguro que sí. ¿Le da igual que nos veamos otro día, Coleman? Tengo que salir pitando.

Conduciendo por la autopista hacia San Diego, nuevamente repetíase Miller que el lunático asesino era diestro.

Derribaba la lámpara, ponía fuera de combate a Clintock, y degollaba a Luana Graham, sin dejar la menor huella.

El cuchillo... El odio repentino hacia las estrellas de cine...

Sacudió Miller la cabeza, en negativa.

Roscoe Evans podía ser adusto y violento. Pero no se comportaría nunca como un lunático.

CAPÍTULO VIII

Marta Ambrose, señorial, se excusó en nombre ajeno.

—Carol, querida por una llamada urgente, se ha desplazado a Hollywood. Le ruega se sirva considerarse en su casa, señor Miller.

—Le habrán comunicado la muerte de Luana Graham, señora.

—Lo leí en la Prensa. Carol tiene una gran confianza en usted. Me ha hablado de sus experimentos.

—¿Mis experimentos, señora?

—Su polígrafo. ¿Lo considera infalible?

—No del todo. Pero permite apreciar los choques emotivos.

—Debe ser interesante este detector de mentiras. Mientras aguarda a Carol, ¿quiere visitar la casa o permanecer en mi aburrida compañía?

—Su compañía, señora, me resulta altamente interesante.

—De labios de un investigador que sondea la sinceridad ajena, no sé si es elogioso su cumplido.

—Con usted sobra el polígrafo, señora.

—Gracias. ¿Tan transparente soy?

—Las personas de su nivel espiritual no mienten inútilmente.

—Hay mentiras mezquinas. Las evito cuidadosamente. Pero comparto la opinión de no sé qué poeta, que dijo que prefería una bella mentira a una cruel verdad.

—Hay también mentiras sociales. De extrema cortesía.

Arqueó ella levemente las cejas.

—Dígame una para mi mejor entendimiento, señor Miller.

—Rehuir la verdad si es molesta para tercera persona.

—Póngame a prueba, ya que a mi pesar asistió anoche a un desahogo familiar.

—Entonces, ¿me permite preguntas directas? —las deseo. Y le

diré el motivo. No quisiera que se formase un concepto equivocado de Carol.

—¿Le tiene mucho cariño a Carol?

—La detesto con toda mi alma.

—Gracias. Hábleme de su hijo Earl, señora.

—Es mi único amor.

—Y por Earl, soporta a Carol.

—Porque mi hijo está obsesionado por ella.

—Entonces, si Carol muriese... digamos que el luto sería puramente externo.

—No llevaría luto, pero viviría con un gran temor.

—¿Cuál?

—Temería por Earl. Es como una persona intoxicada. Quitarle la droga, significaría matarlo a él. Y si Carol muriese, creo que me sería imposible consolar a Earl.

—Carol quiere divorciarse.

—Mi hijo no le da motivos.

—En Reno basta mencionar la crueldad mental del esposo que lee el periódico mientras desayuna, sin prestar atención al nuevo carmín que usa su mujercita.

—Earl ha acumulado incontables pruebas de la crueldad mental da Carol. Pero ni en Reno prosperaría una demanda contra él. Digamos que los esposos son de dos clases: los pacientes que todo lo aguantan, y los que pueden hacerlo. Mi hijo es, desgraciadamente, un intoxicado. Necesita de Carol.

—Ella se divorció de otros tres maridos.

—Porque se avinieron a percibir una pensión. Earl no se aviene.

—¿Conceptúa usted meramente caprichosa, o esencialmente maligna, a su hija política?

—Resentida.

—No entiendo.

—Tuvo una adolescencia muy difícil, en un ambiente sórdido. El constante batallar para conservar su puesta en la ciudad del miedo, la ha endurecido mucho.

—¿La ciudad del miedo?

—Hollywood. Todos temen perder su posición y sumirse en el olvido.

—Últimamente, Carol ha trabajado poco.

—Pero conserva aún la suficiente fortuna, para poder esperar sin temor una nueva oportunidad.

—Se conserva espléndidamente, pero el tiempo es implacable.

—Hay papeles apropiados para todas las edades.

—¿La convocatoria urgente era para darle un papel de vampiresa otoñal?

—No lo aceptaría. Se niega a admitir que cumplió los treinta y ocho. Debutó con dieciséis. Lleva con prestancia la apariencia de treinta, salvo cuando duerme mal.

Miró Marta Ambrose hacia el umbral del salón.

El mayordomo anunció:

—Llaman al teléfono al señor Miller.

—Con su permiso, señora.

Al auricular resonó gangosa la voz de Otto Glance:

—Max Holden quiere verte. No quiere decirme por qué. Está sobrecitado. Peligroso.

—Hasta mañana, no pienso estar de vuelta. Si quiere comunicarme algo, dale la dirección del chalet de Carol Lefever. O pásale el aparato y que hable conmigo.

Pasaron unos segundos. Expuso Glance:

—Allá va.

En el salón, Marta Ambrose en pie, manifestó:

—Creo que contesté con la máxima indiscreción posible. Excúseme si subo a mis habitaciones. Está en su casa.

Viéndola subir las escaleras, meditó Miller que, pese a la ropa moderna, Marta Ambrose tenía el señorial empaque de una aristócrata francesa del siglo versallesco.

Paseó por el extenso parque. En su mente iba fraguándose una teoría.

Avanzó por los jardines al reconocer al que acudía con paso rápido, tras bajar después de un brusco frenazo.

Max Holden inquirió nerviosamente:

—¿Está Carol Lefever?

—No. La aguardo.

—Entonces, podrá oírme sin que le robe el tiempo.

—Escuche, Holden... Ha pasado toda la noche sin dormir. Ahora, va a contarme hipótesis febriles o lanzará acusaciones sin fundamento sólido. Y tengo ya bastante con las teorías que me

fabrico yo mismo. O sea, que por favor, no me abrume con sus descubrimientos.

—No, no... Todo lo contrario. Vengo a documentarme sobre el método policiaco más elemental y rutinario. Cuando matan a una persona, ¿qué hace el policía más vulgar?

—Aplica un proverbio latino.

—¿El «cui prodest»?

—A quién beneficia. Exacto.

—¿A quién ha beneficiado la muerte de Luana?

—Que yo sepa, por ahora, a nadie.

—¿Y si le demuestro que ha beneficiado a alguien?

—Entonces, tendríamos una pista.

Max Holden pasóse la mano por la barbilla necesitada de afeitado.

—Primera parte del plan: Carol Lefever se envía a sí misma una revista y otra a Luana. Al amenazarse, se descarta.

—Ya lo pensé. ¿En qué la beneficia la muerte de Luana?

—Mullins acaba de entregarle el guión del año a Carol.

—¿Y bien...?

—Si Luana no hubiese muerto esta misma noche, habrían pasado meses y meses sin que le dieran a Carol un guión.

—No está mal como móvil. Pero tenga presente que hay un testigo muy sincero a favor de la inocencia de Carol.

—¿Quién?

—Yo. Ella estaba conmigo cuando mataron a Luana.

—¿Con usted?

—Jugando al póker. Le gané ochenta y siete dólares.

—Entonces, el «cui prodest» ha sido azar, casual y oportunísimo. Es una pena que usted sea un testigo indiscutiblemente honrado. Porque todo encaja psicológicamente. Carol envejece... Y surge la ocasión casi última. La que la salva.

—No entiendo.

—Dirigida por Mullins volverá a triunfar. Persiste y sobrevive artísticamente. Mullins tenía dos guiones seleccionados. Su departamento se decidió por el adecuado a Luana. Apartó el destinado a Carol. Se habría quedado en proyecto, a no ser por la muerte de Luana. Porque en Hollywood hay toneladas de guiones apartados, y en proyecto. Que se quedan en esto. En puro proyecto.

—¿Conoce usted bien a Carol?

—Demasiado.

—Una respuesta enigmática.

—No hay enigma. Carol es sádica, perversa y lunática.

—Caray... ¿Lo ha comprobado en persona?

—Disfruta sacando de quicio a cualquier varón. Una vez me invitó. Con todas las agravantes. Nocturnidad, vestuario sugerente, alevosía de insinuaciones. Sucumbí.

—No cabe quejarse, entonces.

—Sucumbí a la trampa. Cuando la enlacé con ardor... Chasco, amigo. Aún me zumban las orejas de las cosas insultantes que me soltó, y del par de bofetones que me atizó. Bien... Olvide mi insinuación malévola. Me hubiera agradado tanto que fuese ella la culpable... Abur.

Siguió Miller en su paseo solitario. Volvía a pensar en un hombre diestro, un cuchillo...

A la una, había dejado a Roscoe Evans. Aun con la diestra enyesada, Evans podía conducir un coche. Tenía la suficiente fortaleza como para emplear su mano endurecida por el vendaje.

Era un bruto sencillo. Si Carol le prometió un futuro de placeres desconocidos, jurándole que colmaría su pasión, si mataba a Luana...

No era una teoría absurda. Un hombre como Evans, introvertido, poco expansivo, amando plácidamente a su esposa, hallaba de pronto a una Circe. Conocía sensaciones ignoradas.

Un hombre así podía convertirse en criminal para saciar una ardiente sed que le fue incitada.

Penetró Miller en la espaciosa y hermosa glorieta.

Un sitio ideal para pensar. Para descartar ideas confusas...

—¡Cucú!

Reconoció el perfume de las manos que le cubrían los ojos. A su espalda, se adhería un cuerpo compacto y elástico.

—Adivina, adivinanza. ¿Quién soy? —inquiría burlona una voz fingida.

Giró Miller lentamente. Carol Lefever bajó los brazos y sonrió.

—Hoy es el día más feliz de mi vida, Milton.

—Para otra, es el día del último viaje. El entierro.

—Pobre Luana... Una chiquilla en la flor de la edad. Casi es

mejor para ella. No es crueldad, Milton. Así Luana no ha conocido la amargura de los desengaños, la espera mortal llena de inquietud, donde se decidirá si una actriz ha de resignarse a ser olvidada... Y lo que es peor. Verse envejecer.

—Usted es una rosa. Hoy parece abrirse a una nueva primavera.

Le dio ella un empujón. Tosco, pero cordial.

Irradiaba alegría, exuberancia de triunfo.

—Hoy hasta mi suegra me cae simpática.

Se reclinó en la mesa de la glorieta. Sentándose a medias.

—Ya que está de excelente humor, Carol, cuénteme su opinión sobre Max Holden.

—Un granuja, un cínico y un sádico.

—Caray... Tengo oído que fue usted la que le sopló dos bofetones, tras entusiasmarle.

—Como justo castigo a su presunción. Porque tengo aspecto provocativo, todos los hombres se creen que soy volcánica. Oiga... Se resbaló, Milton.

—¿Dónde y cuándo?

—Si creyó que Max pudo matar a Luana, olvídelo. La quería con toda su alma, y estos cínicos cuando se enamoran, son de aúpa. La muerte de Luana para él, supone un golpe tremendo. No hablemos de muertes...

—Aquí estoy para evitarla.

—Luce el sol. Mullins empieza mañana mismo el rodaje. Un título formidable: «Nunca amanecerá».

—No quiero estropearle la fiesta, pero el título no es original.

—¿Cómo qué no?

—Ha servido ya para Luana.

—Ella iba a interpretar otro guión...

—Pero en la realidad no ha visto amanecer.

—No tengo miedo. Con usted, nada me ocurrirá.

Hacía ya instantes que era evidente la intensa insinuación de Carol Lefever. Sus manos se apoyaron en los hombros de Miller. Dijo suavemente:

—Casi me ofende su frialdad, Milton.

—Respeto siempre la mujer ajena.

—Voy a divorciarme de Earl, ¿sabe? Y hoy, quiero vivir sin cálculos, libremente. Usted desde un principio me agradó, Milton...

¿La escena de seducción? ¿Era sincera? ¿La alegría por el triunfo la hacía generosa?

Los carnosos labios entreabiertos eran una tentación. Miller miró al techo enramado y florido. Quería conservar su control.

La tibia caricia se posó en su boca. Era como seda.

Luego era como una perfumada ventosa cálida, febril, que encendía la sangre.

La pagana sensualidad del erotismo desencadenado pobló aquel recinto convirtiéndolo en templo de placer.

Fue ella la que demostró mayor facilidad en volver a la normal entonación. Y dijo con sencillez:

—Creo que es la primera vez desde hace años que he perdido la cabeza. No hubo cálculo, Milton. Fue un impulso. Tal vez de gratitud, o de superstición. Porque creo que usted me ha traído suerte, Milton. ¿A dónde va?

Tardó Miller en contestar:

—A saber dónde estaba, a las dos de esta madrugada, un conocido nuestro.

—¿Quién?

—Roscoe Evans.

Rió ella:

—Lo sabe usted perfectamente. ¿No se llevó usted el cuchillo?

—¿Qué quiere decir?

—Pensé después... Fue Evans.

—¿Por qué no lo dijo entonces?

—Lo pensé esta mañana.

—Es muy generosa su actitud, al no denunciarlo.

—No reincidirá.

—¿Por qué está tan convencida?

—Usted lo sabrá convencer, Milton.

—Lo intentaré. Hasta luego, Carol.

—Un momento... ¿Dijo que iba a preguntarle a Evans dónde estuvo a las dos de la madrugada?

—Eso dije.

—¿Qué le hizo Luana a Evans?

—Hasta luego, Carol.

Yéndose hacia su coche, Miller, el experto sicólogo, consideraba sincera a Carol Lefever.

Pero una buena actriz siempre parecía sincera en cualquier papel.

CAPÍTULO IX

Roscoe Evans entró en el despacho. Se quitó el sombrero con la zurda.

—Todo va formidable, jefe. Libre y con uso de licencia, gracias a usted. Berta y yo nos iremos a Nueva York.

—Le envié a buscar para pedirle un favor.

—De antemano, concedido, jefe.

—Ya no lo soy, Evans.

—No importa. Pida.

—Usted dijo una vez, que el polígrafo es una solemne majadería.

—Sigo afirmándolo.

—Quisiera aplicárselo ahora.

—¿A título de qué?

—Experimental. Cuando usted ingresó, mi artefacto era del tipo llamado Jung. Poco perfeccionado. Éste es mejor. En el momento de su examen emotivo, usted dio una puntuación netamente favorable. No sabe mentir.

—Me agrada que lo reconozca. Lo mismo dice Berta. ¿Cómo pudo este trasto demostrar que yo no era un embustero?

—Usted soltó dos mentiras sin importancia, y la aguja osciló violentamente. Falta de costumbre en soltar trolas, Evans.

—Veamos si ahora salta la aguja —rió Evans.

Sentóse donde la señalaba Miller, que, tras él, procedió a sujetarle la muñeca izquierda con un electrodo.

Otro, envuelto en caucho, rodeó el pecho del que comentó:

—Empiezo a pensar en lo que sentirán los que electrocutan.

—Piense mejor en que me servirá de comprobador.

Examinó Miller la banda que iría rodando en su tambor, recibiendo la presión entintada del punzón.

—Ya conoce la rutina, Evans. Mientras se habla de cosas poco importantes, la aguja traza una línea claramente angular y de la misma altura. Pero, supongamos que le ofendo. Usted se acalora y la aguja traza un zigzag repentino ¿comprende?

—Procuraré aguantarme, jefe.

—Pasa lo mismo, si miente. El sujeto experimental, al mentir, somete a presión su natural ritmo sanguíneo. ¿Empezamos?

—A ello.

El tambor empezó a girar lentamente. En la cinta blanca el punzón trazó ángulos idénticos.

—¿Le gustan los mantecados, Evans?

—Nunca me gustaron. Si me carcajeo, ¿estropearé el cacharro?

—No olvide lo más importante, Evans. Ha de limitarse a contestar tan sólo sí o no.

—Sí.

—Usted no es nervioso. Hay personas que viéndose así, someten desde un principio la aguja a una curva constante, pero que no impide reconocer la mentira, porque entonces se altera la curva. La muñequera mida su tensión. La pectoral, la regularidad de sus inspiraciones pulmonares. Las dos plaquitas de metal de la muñequera, miden el índice de transpiración... ¿Devolvió el cuchillo a su sitio, Evans?

—Sí.

La aguja seguía dibujando ángulos regulares en su tamaño y agudeza.

—¿Lo colocó en la panoplia?

—Sí.

Los ojos de Miller no se apartaban de los tres indicadores superpuestos en tres esferas para su mejor visibilidad. Mantenía en alto un lápiz sobre el bloc abierto.

—¿Leyó la Prensa, hoy?

—Sí.

—Ayer nos separamos a las once de la noche.

—No.

—¿A las doce?

—No.

—¿Una menos cuarto?

—Sí.

—Entonces, estaría usted en su cuarto aproximadamente a la una.

—Sí.

—¿Se durmió enseguida?

—No.

—Un botones del hotel dice que le vio salir a usted hacia la una y cuarto, en coche. ¿Cierto?

—Sí.

—¿Buscaba a una mujer?

—Sí. La mía. La legítima. La única.

—Conteste solamente con monosílabos. ¿Fue a ver a Berta?

—Su carta me dio rabia contra mí mismo...

—¡Por favor, Evans!

—Sí.

—¿Conocía a Luana Graham?

—No.

—¿Sabe quién es?

—Sí.

—En la playa de San Clemente le vieron reír mucho y a gusto, en la tarde del día cuatro. En compañía de Carol. ¿Chistes?

—No.

—¿Sugería ella, como bromeando, una prueba de enamoriscamiento?

—No.

—¿Se divertía ella con usted por última vez?

—¡Sí!

—Después, trató usted, en vano, de volverla a ver. ¿Se ha curado ya?

—¡Del todo!

Levantándose, le quitó Miller los electrodos a Evans.

—¿Qué tal soy como conejo de indias, jefe?

—Soberbio.

—Usted apuntaba algo. ¿Puede saberse?

—Sobresaliente en tranquilidad actual. Matrícula en conciencia... actual, que es la que interesa, ¿no?

—Oiga... Un criminal endurecido también se queda impasible soltando embustes.

—Las preguntas son un cerco, un anillo que se cierra cada vez

más. El que miente con aplomo no puede evitar que sea distinta la línea que traza el punzón si le pregunto que comió al mediodía, pregunta a la que nadie miente, o si inquiero qué estaba haciendo a una hora fija. No le hablo de nada delictivo. Le pregunto algo inofensivo, pero donde, de pronto, he colocado una hora muy esencial.

—¿Y cuál es la tal hora?

—El que tiene la conciencia tranquila, como usted, cuando le citan la hora en que murió Luana Graham, no reacciona. La aguja se mantiene firme. Bien, Evans, sobran ya las palabras. Ya tiene su certificado de tipo apto para todo trabajo honrado. Y si tiene que dar escolta a cualquier vampiresa... no haga el gorila, por favor.

—Descuide. Por si acaso, me limitaré a escoltar ancianas, varones y niños.

A solas, apuntó Miller en el block; dictándose en voz alta:

—Proponérselo como juego instructivo y original a la señora Ambrose. Caerá la liebre.

Puso poco después en marcha su magnetófono. Dictaba lentamente:

—El asesino conoce el pasadizo de la biblioteca. Ha estado pues allí, o pertenece al mundo íntimo del cine. Anuncia que antes del plenilunio matará, pero enviando antes otro aviso. No cumple con Luana.

Tosió al tragar humo inesperadamente, porque oía unos pasos tenues. Siguió dictando:

—Se precipita con Luana. La misma noche en que Luana recibía el guión que descartaba a Carol. Ésta, amenazada de muerte, permanece, sin embargo, a solas con el ventanal abierto, a oscuras, oyendo música. Actitud extraña en una mujer en peligro. Puede ser inconsciencia...

Detuvo la cinta grabadora. Invitó:

—Adelante.

Carol Lefever avanzó sonriente. Al sentarse, comentó:

—Si habla solo, terminará mal, Milton. ¿Cómo supo usted que a las seis iba a firmar con Mullins y Burns?

—Me intereso mucho por su buena salud, Carol. Esta tarde experimenté mi nuevo aparato detector, con Evans. Un hombre encerrado en su cuarto de hotel no tiene coartada sólida. Pero...

¿quiere saber lo que rae revelé Evans?

—Bobadas.

—Me dijo lo mismo que Holden.

—Otro majadero.

—Pero ambos sostienen que usted asesinó a Luana.

—De des imbéciles, sólo cabe esperar idioteces. ¿Me hizo venir para asegurarse del estado de mi salud?

—Para que vayamos juntos a su chalet. Deseo saber si usted cree que su suegra admitiría demostrarme que es sincera en ocasiones graves.

—Marta, cuando quiere, es más que sincera. Es aplastante.

—¿Aceptaría someterse a este aparato?

Miró ella el polígrafo y sus electrodos.

—Está usted con este cachivache, como un niño con su primer caballito de madera.

—Es que no falla. Si se sabe interpretar, es matemático. Usted misma, no se atrevería a sentarse en este sillón.

—Si quiere jugar, búsquese un mico.

—Las conciencias tranquilas no le temen al aparato que desenmascara las verdaderas, Carol.

—Mi conciencia es negra como la noche africana.

—Entonces, tendré que conformarme con llevar la caja de la verdad, y probar suerte con su suegra. Manifestó curiosidad por este método.

—Yo estoy muy cansada y apenas lleguemos me echaré a dormir. Usted podrá divertirse como un energúmeno con su caja, mi suegra y la plebe de lacayos.

—¿Y si se presenta el lunático degollador?

—Esta noche, el único lunático que habrá en mi casa, será usted.

—Me han dicho que su esposo ha regresado ya al dulce hogar.

—Déjelo aparte a Earl. Es un buen muchacho.

—Su actual felicidad la hace ser simpática, Carol. Cuando quiera, soy todo suyo.

—Una vez y no más. Pero repítame la invitación el año que viene. Éste, tengo mucho que hacer.

—Lástima.

En el trayecto, Miller seguía el descapotable conducido por Carol. Y tras ella entró en el vestíbulo del chalet, y al salón.

El hombre envarado por el soporte de cuero que le sujetaba los maxilares, clínicamente encajados, poseía natural distinción. Igual que Marta Ambrose.

Al entrar Carol, dijo Earl Ambrose:

—Abandoné la clínica antes de tiempo para darte mi entusiasta enhorabuena, querida. Y espero que la eficacia del señor Miller, al que saludo cordialmente, permitirá que pronto se esfume la amenaza que...

—Ya; está bien el rollo, Earl. Estoy reventada. Mañana tengo que despertarme pronto. Diviértanse, buena gente. Miller trae un nuevo juego de sociedad, muy refinado. Hace furor por Alcatraz y Sing-Sing.

Abandonó Carol el salón. Miller dejó sobre la mesa el bolígrafo.

Estrechó la diestra que le tendía Earl Ambrose.

—Mi madre me ha comunicado lo sucedido anoche. ¿Ha descubierto ya al autor del criminal atentado?

—Sí.

—Es curioso este aparato.

Yendo hacia la puerta, dijo Marta Ambrose:

—Sírvanse los aperitivos. Tengo que darle el masaje a Carol. Es en lo único en que estamos de acuerdo. Puedo abofetearla toda entera, y cuanto más duro, más contentas ambas.

Sonriendo, dijo Ambrose:

—Mi madre será eternamente joven porque posee buen humor.

Sentándose, escanció vermut al asentir mudamente Miller.

—He oído decir que es ilegal el empleo de este detector.

—Jurídicamente, sí. Pero, experimentalmente, es original como pasatiempo instructivo. Puede calibrarse con bastante aproximación el tanto por ciento de sinceridad de una persona. Su madre daría un cien por cien. Usted, ¿qué cree daría como porcentaje?

—Si le divierte comprobarlo, por mí, no hay inconveniente.

—Gracias. Mientras le aplico los electrodos, que no son peligrosos, le expondré la teoría.

Tres minutos después, sentado tras Ambrose, que sonriente paladeaba de vez en cuando un sorbo de vermut, preguntó Miller:

—¿Su apellido es de origen francés?

—Sí.

—Debe ser molesto comer con este correa maxilar. ¿Le daban

solamente alimento líquido?

—Sí.

—Las clínicas, como barcos, tienen horarios especiales y molestos, que se apartan de nuestras costumbres habituales. ¿Cena a las once?

—No. A las nueve.

—Por favor. Sólo afirmación o negativa.

—Perdone. Pero como es un simple juego...

—No lo es. También lo creía Carol, cuando antes de venir, se prestó a esta experiencia. Esta madrugada le gané a su esposa ochenta y siete dólares al póker. ¿Lo sabía?

—No.

—Fue hacia las dos... Aproximadamente. Una hora en la que usted dormía honestamente. Ya ve... Son comentarios sin la menor importancia, repletos de trivialidad... Y sin embargo, la aguja vibra frenéticamente, señor Ambrose.

—Este jueguito me pone nervioso. ¿Tiene la bondad de librarme de mi compromiso?

—No faltaría más.

Retiró Miller los electrodos.

Earl Ambrose sirvió nuevamente vermut en las dos copas.

—Su pulso no tiembla, Ambrose. ¿Por qué no le evitamos una pena a la señora Marta?

—No... no le comprendo.

—El teniente Malcom aguarda fuera. Vuelve a cumplirse la máxima tranquilizadora de que no existe el crimen perfecto, Ambrose.

—Es usted un sujeto originalísimo, pero incomprensible para mí.

—Su coche calza cauchos «Firestone XY». En el garaje donde lo encierra, el de la clínica, no hay tierra roja. La tierra roja se encuentra a tres millas al norte de Los Ángeles. En torno a la casa de Mullins, por ejemplo.

Lentamente, se puso en pie Ambrose. Entornados los párpados, parecía un soñador enfrentado con un trágico problema.

—Usted pudo salir de la clínica, sin ser visto, ya que tenía un pabellón particular, con garaje anexo. La tierra roja... Ya ve... El clásico, constante y eterno imponderable, que no puede prever el asesino más inteligente.

—No le reconozco ninguna autoridad, señor Miller. Contestaré únicamente ante una autoridad competente y legal.

—En la carretera espera el teniente Malcolm.

—Vamos allá.

—Usted primero, señor Ambrose.

Envarado, Earl Ambrose caminaba pausadamente.

Aproximándose a la carretera, le pareció a Miller ridícula su repentina evocación.

Veía la imagen de un gentilhomme francés subiendo serenamente los peldaños de la guillotina.

CAPÍTULO X

—Teniente Malcolm, Earl Ambrose —presentó Miller lacónicamente.

Apoyado contra el coche, en la carretera, preguntó Malcolm:

—¿Comprobado, Miller?

—Las mismas reacciones que Carol Lefever, coincidiendo con la declaración de los testigos.

Malcolm especificó con expresión aburrida:

—Queda usted detenido por el asesinato de Luana Graham. Tienda las manos, Ambrose. Sin rechistar.

—¿Es preciso esposarme?

—Rutina. Me aparté en cambio de la rutina, al consentir que Miller comprobase la perfección de su nuevo aparato.

—Que tiene un punzón muy sensible Miller. —Pero siempre sigue siendo la práctica rutinaria la decisiva. En este caso, Ambrose, la tierra roja en sus neumáticos.

—Pudo ser otra persona quien sacase mi coche.

—Una enfermera le vio.

—Fui a dar un paseo.

—No nos interesa. Lo que tenga que inventar, lárguelo al juez, y si es tonto, lo apuntará —dijo Malcolm.

—¿A dónde va, Miller? —preguntó Ambrose, nervioso por vez primera.

—A buscar a su inductora, a su Carol...

—¡A ella, no! ¡Ella... no tiene nada que ver!

—Es inútil su defensa versallesca, Ambrose. Ella quería divorciarse, y usted no podía vivir sin ella. Entonces, ella le propuso un trato. Usted mataría a Luana y...

—¡Por lo que más quieran, señores! Evítenme el verla... ahora.

—Tome este bloc y escriba. A cambio, no la volverá a ver. Ahora ni nunca.

Quitadas las esposas, sentado en el coche, Earl Ambrose fue escribiendo febrilmente.

Milton Miller se dirigió lentamente al chalet. Un lacayo señaló una sala, al preguntar Miller por la dueña de la casa.

Sobre la mesa de masaje, Carol Lefever se volvió, cubriéndose en parte con una amplia toalla esponjosa.

Dijo Miller:

—Lo siento, señora Ambrose, pero su hijo quiere verla ahora mismo. Está en el jardín.

—¿Qué quiere Earl?

—Necesita de usted, créame.

Salió Marta Ambrose apresuradamente.

Sentada, envolviéndose más prietamente en la toalla, indagó Carol:

—¿Se le soltó el bocado a Earl?

—En imagen figurada, ha dado de lleno en la verdad, Carol. Un hombre débil de carácter, que ahora teme verse frente a usted.

—¿Por qué?

—Prefiere escribir, declarar a solas, todo el plan que usted tramó.

Ladeándose en la mesa, bajó ella. Parecía oír una voz muy lejana.

—Leí las primeras frases escritas por Ambrose. Usted le propuso una noche en que él suplicaba caricias que usted negaba, «mata a Luana, ingenia un medio hábil, y un secreto de muerte nos unirá para siempre, Earl». Esta frase hará un efecto enorme en el jurado, Carol.

Erguida, semejando una sonámbula, frunció ella los labios en mueca extraña.

—El ingenio fue excesivo, Carol. Amenazarse usted misma sobra. Porque llamaba la atención sobre usted. Ahora conocerá lo peor, Carol. Un público grosero...

Un relámpago de satinadas redondeces acompañó la huida de Carol Lefever.

Atravesando los cristales, su cuerpo desnudo fulguró al reflejo limar antes de estrellarse mortalmente.

Había terminado definitivamente la difícil carrera de la ambiciosa Carol Lefever.

Y pasaba de la medianoche cuando en un club nocturno, la animadora italiana, mirando risueña al desconocido, comentó:

—Ríes muy trágico, guapo.

—Lláname Milton o no me llames nada, Carol.

—Me llamo Assunta.

—¿Y qué más da? Me agrada tu risa. Es sana. A ver si mirándola borro la triste sonrisa de Carol... Su última mueca. Muy sincera. La dejé escapar. Le evité la última humillación...

—No entiendo nada, Milton. ¿Puedo beberme otro cóctel?

—Hasta siete. Pero has de reír así... Alegrementemente. Caray... Creo que estoy curda. Tuvo Carol un solo espectador para su última escena.

La italiana reía. Estaba convencida que aquel generoso bebedor era un escritor en busca de argumento.

Aceptó llamarse Carol. Aceptó abrir la puerta del piso del extraño Milton. Y se puso seria al anunciarle Milton Miller que prefería entrar sin compañía.

A solas, Milton Miller tardó mucho en encontrar su cama. Tendido, decidió olvidar la última mueca, infinitamente triste, de Carol Lefever.

Era un sentimentalismo desplazado. Olvidó. Porque todo lo borraba la imagen de una estrella juvenil, apagada por la ambición de una lunática criminal.

Felizmente había mujeres como Berta. Se trataba simplemente de hallar a una mujer sencilla y buena. De cada cien, pensó, una era la esposa ideal.

Tardó unas semanas. La encontró.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)

es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.

V. De

brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, v. Debrigaw, y Vic Peterson.